

# ESTUDIO METODOLOGICO DE LA TEORIA FREUDIANA

ABRAHAM KARDINER, M. D.,  
AARON KARUSH, M. D.  
LIONEL OVERSEY, M. D. (\*) (\*\*)

### 3. NARCISISMO, BISEXUALIDAD Y TEORÍA DUAL DE LOS INSTINTOS.

Hay dos consideraciones de especial importancia entre las que llevaron a Freud a desarrollar más completamente el concepto del narcisismo. Una fue la defección de sus asociados Jung (6, p. 37) y Adler (6, p. 49), quienes no estaban satisfechos con algunos aspectos de la teoría de la libido. Por dolorosas que estas defecciones fueran para Freud, le impulsaron a considerar las críticas y a hacerle a su teoría modificaciones importantes. Freud ya había aceptado en el caso Schreber<sup>7</sup> que el esquizofrénico retiraba no solamente sus cargas eróticas del mundo exterior, sino también su "interés del Yo" no erótico. Jung utilizó esta aparente extensión de la libido más allá de su importancia sexual original como pretexto para romper con la teoría psicoanalítica y para identificar la libido con la "energía de la vida", una sola energía tanto para fines sexuales como para fines no sexuales. Desde este punto Jung se lanzó a un misticismo sin rumbo, desconociendo base alguna empírica. Sentó que el hombre nacía con tendencias instintivas y de desarrollo fijas, tipos de carácter fijos (arquetipos), y heredaba

memorias ancestrales. Si fuese verdad, esto hubiese sido un impedimento sin esperanza alguna para la adaptación humana. La crítica esencial de Jung, sin embargo, tuvo un efecto saludable en Freud. Apresuró los intentos de Freud de formular el concepto de narcisismo en el cual definió la interacción entre la libido y el instinto yoico de auto-conservación.

La contribución de Adler en nuestra opinión fue mucho más importante que la de Jung. El trató de rehabilitar al yo, que se había perdido en la teoría de la libido, reintroduciendo el medio ambiente humano con sus valores y directivas. Estos, dijo él, eran las fuentes del conflicto neurótico. No tenemos tiempo aquí para profundizar en detalle en el tema de Adler. Solamente queremos indicar que aunque su esfuerzo de rehabilitar el yo a una posición gobernante en la adaptación fue legítimo, él rechazó lo bueno con lo malo. Es decir, destruyó las duramente ganadas victorias de Freud al descubrir la naturaleza del aparato intrapsíquico de adaptación y lo substituyó por una directiva social cuyo origen él no conocía. Fue un trueque desigual, y el mayor mérito de Adler fue el de estimular a Freud a recuperar el yo perdido, pero en una forma más compatible con los conceptos básicos de sus trabajos tempranos. La influencia de Adler, por consiguiente, le dio un ímpetu adicional al desarro-

\* De la Clínica Psicoanalítica para entrenamiento e investigación, Depto. de Psiquiatría, Escuela de Medicina, U. de Columbia, New York, N. Y.

\*\* Traducción del inglés del Dr. Alfonso Martínez Rueda.

llo gradual de la psicología del yo dentro del marco de referencia de la libido.

La otra consideración que llevó al desarrollo del concepto del narcisismo fue la fuerte incidencia del fracaso terapéutico en la aplicación clínica de la teoría de la libido. Muchos pacientes neuróticos no mejoraban de sus conflictos de Edipo y de la distribución de sus energías libidinosas, a pesar de los análisis más meticulosos. Freud especuló que estos pacientes, con su susceptibilidad limitada a la influencia terapéutica, tenían algo en común con los esquizofrénicos totalmente refractarios. Por consiguiente, buscó una explicación para el fracaso terapéutico en ambos casos a través de una caracterización más cuidadosa del alejamiento del esquizofrénico del mundo exterior. Freud atribuyó la falta de éxito con pacientes esquizofrénicos a su incapacidad de formar una relación de transferencia con el terapeuta: es decir, el paciente no podía transferir la libido de sí mismo al terapeuta y hacer de éste el objeto de su amor. En esos casos el análisis se consideraba imposible porque las transformaciones de la libido y sus varias formas de expresión no podían observarse y definir su rumbo. Esta incapacidad de investir al analista con energía libidínosa le parecía a Freud la consecuencia de una retirada previa de la libido de los objetos externos. Por consiguiente, redujo todo el problema de la esquizofrenia al desprendimiento general de cargas libidinosas. Esto promovió interrogantes sobre el destino de la energía "liberada". Freud adelantó la hipótesis de que se invertía en el mismo yo, el cual en esta forma se convertía en el objeto de amor. La investidura del yo con la libido fue llamada *narcisismo*.

El cuadro clínico característico de la esquizofrenia, sin embargo, no se podía explicar únicamente por el desprendimiento de cargas libidinosas, puesto que el paciente se retiraba de los objetos no sexuales lo mismo que de los sexuales. Freud tradujo esta observación clínica en términos de energía y supuso que el

narcisismo consistía en la investidura del yo tanto con las energías del instinto sexual como con las energías del instinto de conservación. Además, le pareció a Freud que en el esquizofrénico el estado de narcisismo era "una exageración y manifestación total de una condición que ya había existido anteriormente"<sup>6</sup>. Concluyó de esto que "el narcisismo que surge cuando las cargas libidinosas se retiran de los objetos externos se debe concebir como una forma secundaria, super impuesta a una primaria oscurecida por múltiples influencias" (6, pág. 32). Para la suposición de un narcisismo primario, adelantó como evidencia del pensamiento omnipotente y mágico de los pueblos primitivos y de los niños.

"En los primeros encontramos características que, si ocurren separadamente, pueden considerarse como megalomanía: una sobre-valoración del poder de los deseos y de los procesos mentales, la 'omnipotencia del pensamiento', la creencia en la virtud mágica de las palabras, y un método de tratar con el mundo exterior —el arte de 'magia'— que parece ser la aplicación lógica de estas premisas grandiosas. En el niño de hoy día, cuyo desarrollo es mucho más oscuro para nosotros, esperamos una actitud perfectamente análoga hacia el mundo exterior. Así formamos una concepción de una carga libidínosa original del yo, parte de cuya carga más tarde es cedida a los objetos, pero que fundamentalmente persiste y está relacionada con las cargas de objeto de la misma manera que el cuerpo de un protozoo se relaciona con los pseudopodos que extiende. En nuestras investigaciones, en las cuales se tomaron los síntomas neuróticos, como punto de partida, esta parte de la disposición de la libido permaneció velada para nosotros en un principio. Fuimos impresionados únicamente por las emanaciones de esta libido —las cargas de objeto— que pueden extenderse y retirarse de nuevo. Nosotros percibimos también, hablando en general, una cierta reciprocidad entre la libido del yo y la libido del ob-

jeto. Cuanto más se absorba por él uno, más se empobrece el otro. La forma mayor de desarrollo de la cual está capacitada la libido-de-objeto se ve en el estado de enamoramiento, cuando el sujeto parece abandonar toda su personalidad en favor de la carga de objeto, mientras tenemos la condición opuesta en la fantasía del paranoico (o auto percepción) del "fin del mundo". Finalmente, con referencia a la diferenciación de las energías que operan en la mente, colegimos que en un principio están una al lado de la otra y que nuestro análisis no es un instrumento lo suficientemente refinado para distinguir las; solamente donde existe carga de objeto es posible discriminar la energía sexual (la libido) de la energía perteneciente a los instintos del yo" (6, P. 32-33).

El concepto del narcisismo tuvo efectos de largo alcance en el psicoanálisis. El estudio del instinto del yo se volvió esencial para comprender el comportamiento. Aquí de nuevo, como con el instinto sexual, Freud utilizó los conceptos de energía e intentó construir una psicología del yo dentro del marco de referencias de los instintos.

Tal psicología requería los medios de identificar el componente de energía del instinto del yo para descubrir su distribución. La hipótesis del narcisismo y de la libido-del-yo le sirvió como punto de partida, desde la cual se podrían demarcar las futuras manifestaciones de trastornos del yo. Habiendo supuesto que la primera carga de la libido era el yo mismo, podía ahora seguir la pista en la transformación de esta libido-del-yo en libido-de-objeto por medio del estudio clínico de las relaciones de objeto. Describió la aparición de la elección de objeto a partir del narcisismo primario, así:

"...la elección de objeto, el paso adelante en el desarrollo de la libido que viene después de la etapa narcisista, puede proceder de acuerdo con dos tipos. Estos son: bien sea el tipo narcisista, de acuerdo con el cual, en lu-

gar del yo mismo, alguien lo más parecido posible a éste se adopta como objeto; o el tipo anaclítico (Anlehnungstypus) en el cual las personas que adquieren valor debido a las satisfacciones que dieron a las necesidades primarias de la vida son escogidas también como objetos de la libido"<sup>3</sup>

Esta división en dos tipos de elección de objeto le dio a Freud una explicación para la diferencia entre las neurosis de transferencia (psiconeurosis) y las neurosis narcisista (esquizofrenia). Las personas inclinadas hacia la selección anaclítica de los objetos eran capaces de amar a otros, podían establecer una transferencia y por consiguiente eran fáciles de ser tratados psicoanalíticamente. Las inclinadas hacia la escogencia de objeto narcisista se querían únicamente a sí mismas, no podían hacer transferencia y por consiguiente eran refractarias al tratamiento psicoanalítico. Freud atribuyó la elección de objeto a la disposición de los puntos de fijación de la libido. En las neurosis narcisistas el punto principal de fijación era la etapa de narcisismo primario, cuando únicamente el yo estaba investido de libido; en las neurosis de transferencia, los puntos principales de fijación estaban en etapas posteriores del desarrollo, después de que la libido había empezado a buscar objetos externos. Sin embargo, Freud reconoció, por su información clínica, que aún las personas que desarrollaban una relación de transferencia retenían algo del narcisismo primario. Esta observación le permitió atribuir los fracasos terapéuticos de tales pacientes al grado de fijación narcisista de la libido. En otras palabras los psiconeuróticos, lo mismo que los esquizofrénicos, no se mejoraban porque eran demasiado "narcisistas".

Es verdad que el concepto del narcisismo rehabilitó al yo, que había estado perdido temporalmente en la teoría de la libido, pero de nuevo, la preocupación de Freud sobre la energía y su distribución oscureció la importancia adaptativa de los fenómenos que había

observado. Sin embargo él dio explicaciones adaptativas para estos fenómenos. Las dio, y al hacerlo, estableció la base de una teoría adaptativa de las funciones del yo.

Sin embargo, su insistencia en que las explicaciones últimas eran energéticas, creó una vez más la tautología psicoanalítica que nos es familiar. El concepto del narcisismo supuso que la libido fluía del yo mismo a otros objetos, y explicaba las relaciones de objeto con esta suposición. Dio por sentado que la libido podía retirarse y después explicó el fenómeno creado por la retirada concluyendo que la libido había sido retirada. Este razonamiento circular hizo de la hipótesis sobre el narcisismo un fardo que distrajo la atención del problema real, las funciones de adaptación del yo. Interfería con la conceptualización y estimulaba esfuerzos para resolver contradicciones teóricas con trucos semánticos como "neutralización", "desexualización", "fusión" y "disociación". Eventualmente condujo a Freud a tomar en forma irrestricta el camino de la especulación filosófica sobre los instintos de vida y de muerte.

Una buena parte del conocimiento sobre las funciones del yo se había abarcado con el concepto del narcisismo. No se requiere un supuesto energético, para darle a este concepto un significado científicamente útil. Examinemos, por consiguiente, como aparece el narcisismo sin los arreos energéticos. En términos adaptativos, la noción del narcisismo primario es simplemente una suposición sobre el concepto de sí mismo del infante en los primeros meses de vida. Suponemos que el infante no se da cuenta de su extrema dependencia de la madre, y por consiguiente de la existencia objetiva de esta última. El, aparentemente, percibe su madre y todos los demás objetos externos como extensiones de su propio cuerpo. Cualquier necesidad que sienta es gratificada, como por arte de magia, por el amor y cuidado protector de la madre. Tal estado de cosas fomenta la anti-

pación de que la cualidad mágica de la experiencia siempre se repite. Es esta anticipación la que crea la ilusión de omnipotencia ("narcisismo primario") que nosotros le atribuimos al infante. Con el tiempo y con el crecimiento esta percepción normalmente se vuelve más realista. El niño hace una diferencia entre su propia persona y la de su madre, abandona la ilusión de su propia omnipotencia y, en cambio, se la delega a ella. Más tarde, a medida que se va acercando a la edad adulta, gradualmente va creyendo en sus propias capacidades como la fuente principal de su seguridad. Nadie, sin embargo, por lo menos inconcientemente abandona totalmente su anhelo de gozar de la dependencia mágica en la omnipotencia delegada en la madre. El grado en que el adulto confía en esa dependencia mágica por encima de su autosuficiencia es la medida de su inmadurez. Esas personas, más tarde, pueden reaccionar ante cualquier fracaso o amenaza de fracaso con el deseo inconciente de un remedio mágico. Puede ocurrir entonces una regresión, bien sea a la autoimagen infantil más temprana, en la cual los objetos son meramente extensivos de sí mismo, ("narcisismo secundario"), o a una etapa más avanzada de la omnipotencia delegada, en la cual la diferenciación de los objetos ya se ha llevado a cabo.

Creemos que el desarrollo subsecuente de la elección de objeto no puede entenderse en términos de una organización instintiva y de sus energías hipotéticas. Si no es una carga libidinosa, qué fuerza al yo hacia el objeto narcisista más bien que al anafético? La explicación se deriva lógicamente de nuestra descripción de la interacción entre el infante y la madre. El niño que crece relaciona los objetos de acuerdo con la autoimagen que prevalece. Esta autoimagen es, a su vez, el resultado de la maduración infantil y de la facilidad con que la madre le ha dado seguridad y le ha evitado frustraciones dolorosas. Las actitudes patológicas de parte de la madre hacia las necesida-

des del niño pueden impedir el progreso normal del desarrollo del "yo" (\*) infantil. La frustración crónica socava la confianza de que el poder de un objeto importante es un instrumento de seguridad y placer, más bien que de peligro y dolor. La elección de objeto narcisista implica una desconfianza predominante en los objetos y perpetúa el aislamiento emocional de los otros seres humanos. La elección de objeto anaclítico implica la esperanza predominante en el amoroso cuidado de las personas del mundo exterior y por consiguiente establece las bases para el desarrollo de tierna afectividad en todas las relaciones subsecuentes. Cada una es una cuestión de percepción formada por la experiencia infantil.

El concepto del narcisismo también fue utilizado por Freud para ampliar su teoría anterior sobre la homosexualidad. El ya había postulado un período normal de carga homosexual de la libido que ocurría entre el auto-erotismo y la adherencia heterosexual a los objetos. Esta idea estaba basada en el concepto de bisexualidad constitucional que sostenía que cada individuo estaba dotado constitucionalmente con atributos psicosexuales tanto masculinos como femeninos. El papel del narcisismo en el establecimiento de una elección de objeto homosexual fue descrito por Freud de la manera siguiente:

"Hay un momento en el desarrollo del individuo en el cual unifica sus instintos sexuales (que anteriormente se han ocupado de actividades auto-eróticas) para obtener un objeto amoroso y empieza por tomarse a sí mismo, su propio cuerpo, como el objeto amoroso, y solo subsecuentemente procede a la escogencia de alguna otra persona como objeto. Esta fase intermedia entre el auto-erotismo y el objeto amoroso (externo) puede quizá ser indispensable para el curso normal de la vida; pero parece que mucha gente se demora demasiado

en esta condición, y que muchas de sus características permanecen en ellos durante las etapas posteriores de su desarrollo. El punto central de interés en sí mismo que en esta forma se escoge como objeto de afecto, puede haber sido ya los genitales. El curso de desarrollo lleva luego a la escogencia de un objeto exterior con genitales similares —esto es— a la escogencia de un objeto homosexual, y de allí a la heterosexualidad. Las personas que son manifiestamente homosexuales más tarde, se puede suponer que nunca se emanciparon de la condición de que el objeto de su escogencia debía poseer genitales como los propios..." (7, p. 446).

Así, el narcisismo se convirtió en un acompañamiento necesario de la homosexualidad, y el grado de fijación narcisista en este trastorno se determinaba por la fortaleza inherente del componente homosexual en la constitución bisexual. El narcisismo podía ahora explicar la resistencia de los homosexuales al tratamiento psicoanalítico así como había explicado la resistencia de los esquizofrénicos y los psiconeuróticos refractarios.

El concepto de bisexualidad fue utilizado por Freud para explicar muchos aspectos de comportamiento tanto de hombres como de mujeres, que iba mucho más allá de la simple homosexualidad. Creía que una de las antítesis que gobernaba la vida mental era la polaridad activa-pasiva<sup>4</sup>. Así, en el niño los opuestos del comportamiento eran al principio actividad opuesta a pasividad, pero sin ninguna comprensión de la diferencia entre los sexos. A medida que el niño descubría la diferencia entre los genitales masculinos y femeninos la actividad se hacía equivalente a la masculinidad y la pasividad a la femineidad. La fortaleza relativa de los componentes masculinos y femeninos en la constitución bisexual determinaba si la persona se volvía masculina-activa o femenina-pasiva en su comportamiento subsecuente.

En el hombre, el componente femenino-pasivo despertaba el deseo de ser

\* "Yo", usado en un concepto más amplio que el psicoanalítico en esta frase. ("Self" en el inglés original).

tratado como mujer por el padre. Esta identificación con la madre comprendía el complejo de Edipo negativo o invertido y podía llevarse a cabo únicamente con la castración. Los hombres en los cuales el componente femenino-pasivo predominaba, aceptaban la castración voluntariamente en la fantasía y se convertían en homosexuales manifiestos. Los que poseían un componente masculino más fuerte, sin embargo, se protegían de la castración reprimiendo el deseo femenino-pasivo. La persistencia inconsciente de este deseo vino a considerarse como homosexualidad inconsciente o latente.

Esta teoría de la homosexualidad latente en los hombres basada en la constitución bisexual ha tomado gran importancia en el psicoanálisis porque se utiliza para explicar no solamente la homosexualidad, sino los fracasos en auto-afirmaciones y agresiones no sexuales. Tales fracasos se atribuyen a la fortaleza inherente de la identificación femenina-pasiva. La angustia que acompaña estos fracasos en agresión y aserción es, por consiguiente, en la teoría freudiana, una angustia de castración debida al deseo homosexual reprimido.

En una forma similar, como lo hizo con los hombres, Freud le atribuyó muchos aspectos del comportamiento de las mujeres a la constitución bisexual<sup>5</sup>. No es necesario para nuestros propósitos explorar en detalle todas las ramificaciones de sus teorías sobre las mujeres. Es suficiente decir que él consideraba que una mujer normal sublimaba sus deseos masculinos y aceptaba el papel pasivo, sumiso, impuesto por el componente femenino. Las mujeres cuyo componente masculino era muy fuerte sufrían de una no resuelta envidia del pene, y eran incapaces de aceptar su femineidad. Ellas desarrollaban o un complejo de masculinidad caracterizado por agresión "masculina", o se volvían homosexuales. Además, Freud consideraba muchos otros rasgos, como el narcisismo, la vanidad y un super-yo débil como expresiones inherentes al "carácter femenino".

Las observaciones clínicas sobre las cuales se basa el concepto de la bisexualidad constitucional son lo suficientemente claras, y fácilmente verificables. Se supone que el concepto tiene validez biológica porque los sistemas urogenitales de ambos sexos tienen un origen embrionario común. Sin embargo, todo lo que realmente se puede decir es que el cigote puede desarrollarse bien sea en macho o en hembra,\* y una vez que la escogencia se lleva a cabo, el destino del género de la persona, bien sea masculino o femenino, ha sido establecido irrevocablemente. Freud dio un salto arbitrario de la embriología a la psicología y supuso que la sexualidad ambigua del cigote justificaba la hipótesis de una fusión permanente en la psiquis de los llamados atributos masculinos y femeninos.

No vemos ninguna justificación en los hechos para tal hipótesis<sup>17</sup>. Además, el concepto de la bisexualidad constitucional no da realmente una explicación definitiva de la homosexualidad, ni de la "masculinidad" ni de la "femineidad". Solamente utiliza otra suposición para apoyar la anterior de que todo comportamiento tiene una base instintiva predeterminada. Este concepto no puede verificarse clínicamente, excepto haciendo referencia a los fenómenos que se supone que causa. No necesitamos señalar de nuevo el razonamiento tautológico implicado en la justificación de una hipótesis etiológica citando como evidencia las supuestas consecuencias.

Los atributos psicosexuales clasificados por Freud como constitucionalmente masculinos o femeninos pueden explicarse como respuestas adaptativas al ambiente sin recurrir a la predisposición

\* *Nota del T.* — En realidad, desde el mismo momento en que se forma el cigote, el sexo está irrevocablemente determinado, ya que éste depende de que el óvulo sea fecundado por un espermatozoide "macho" o "hembra" (dependiente de que éste contenga un cromosoma Y o uno X). Véase "The Basic Facts of Human Heredity", (pp. 22-24) Amram Scheinfeld, Washington Square Press, Inc. New York, 1961. Por lo tanto, la "sexualidad ambigua" del cigote es solo aparente, ya que genéticamente está (salvo en rarísimos casos) claramente definida.

heredada. Estos fenómenos pueden dividirse en dos categorías distintas. La primera, la polaridad pasiva-activa, no se deriva ni del "instinto sexual" ni de la "constitución bisexual"; en realidad, esta polaridad no tiene nada que ver con la sexualidad como tal, ni siquiera con el sexo masculino o femenino, sino que es una expresión de la capacidad de agresión y aserción en cualquier área del comportamiento. La segunda, la homosexualidad, se refiere a fenómenos sexuales los que al ser estudiados más cuidadosamente, prueban ser patrones de excitación necesarios para la gratificación sexual. Freud supuso que estos patrones de excitación eran constitucionales, pero realmente, en el hombre, únicamente el reflejo orgástico es un mecanismo formado que no se influye con el desarrollo ontogénico. No sabemos si los patrones de excitación que llevan al orgasmo son innatos o no, pero sabemos que pueden estar influidos por la educación y la experiencia individual.

Así, pues, nuestra primera tarea al criticar el concepto de bisexualidad constitucional es aplicar adaptativamente las inhibiciones de aserción y agresión. Sería conveniente aquí definir estos términos. La aserción es un término genérico que abarca todo el comportamiento destinado a gratificar una necesidad, con o sin intención hostil. La agresión es una forma específica de aserción que tiene una intención hostil hacia el objeto que estorba y busca herirlo o destruirlo. ¿Cómo surgen las inhibiciones de aserción y agresión? Son los productos de la intimidación en cualquier área del comportamiento incluyendo la sexual, que está sujeta al control disciplinario de los padres. La función de cualquier inhibición es siempre defensiva. Protege contra el castigo y la pérdida del afecto (dependencia), y por tanto asegura la supervivencia. Las inhibiciones, sin embargo, no permanecen limitadas a esa área del comportamiento donde originalmente se establecieron. Desafortunadamente, la falta de confianza coincidente y la pérdida de la

propia estimación, tienden a extenderse a otras actividades, y aparecen nuevas inhibiciones. No hace ninguna diferencia, por consiguiente, si el foco de inhibición inicial es sexual o no. En última instancia, las funciones de ambas áreas serán perjudicadas por el miedo al daño o al peligro. El común denominador de estos miedos es la deformación inconsciente del significado de aserción. En tales personas toda aserción es simbólicamente igual a agresión destructiva que lleva consigo la amenaza de una retaliación igualmente violenta.

Examinemos ahora el problema de la homosexualidad en los hombres y definamos la escogencia del objeto en términos adaptativos. Aquí, el punto inicial es la intimidación de la sexualidad infantil. La disciplina excesiva de los padres pone al niño frente a la amenaza fantaseada de la castración, que puede extenderse hasta implicar aniquilación total y muerte. Esta amenaza puede venir del padre como represalia por los deseos edípicos hacia la madre, o puede venir de una madre castigadora en la forma de una fantasía de vagina dentada. El niño responde a estas amenazas con la emoción de emergencia del miedo, que puede ser tan grande que fuerce una retirada parcial o completa de la actividad sexual. Más tarde a medida que el niño crece, cualquier comportamiento sexual revive el miedo, y se establece una inhibición del compartimiento sexual normal. Tal inhibición puede tener como resultado la elección de un objeto homosexual. La persona reacciona con un miedo tan intenso ante el objeto hetero sexual, que fracasa en las relaciones hetero sexuales. Sus necesidades sexuales, sin embargo, continúan sin mengua y se desvían hacia un objeto más "seguro". Este objeto es uno homosexual, y su seguridad se deriva de la presencia del pene, que apacigua la ansiedad del homosexual. La homosexualidad, desde este punto de vista, es una forma desviada de adaptación sexual hacia la cual la persona es forzada por el miedo de la función sexual normal. Es un síntoma de neurosis, una

defensa contra la ansiedad de castración a través de la fobia de evitar el genital femenino. La solución homosexual es solamente una de las varias soluciones posibles para los pacientes que sufren de esta fobia. Otros pacientes pueden retener su heterosexuality pero utilizan recursos protectores como la impotencia, el fetichismo, el exhibicionismo y demás.

La psicodinamia de la homosexualidad en la mujer es esencialmente al contrario de la del hombre. La niña pequeña frecuentemente invoca la fantasía de castración para explicar su falta de pene. Ella inconscientemente cree que lo tuvo alguna vez, y que su madre se lo cortó como castigo por su interés sexual hacia el padre. Cualquier objeto heterosexual hacia el cual ella se vuelve más tarde, le revive la probabilidad de que la castración se repita. Además, el pene del hombre es considerado inevitablemente como un arma peligrosa, contra la cual, en vista de su propia castración, ella no tiene defensa. Las relaciones heterosexuales no solamente le reviven la castración vengativa de la madre, sino que exponen a la mujer a sufrir los daños del genital masculino. La mujer homosexual, por consiguiente, evita el genital masculino y busca la satisfacción sexual con otra mujer. Su solución es la contraparte de la del hombre homosexual. En vez de tranquilizarse con la presencia del pene en el objeto sexual, se tranquiliza con su ausencia.

La suposición de Freud acerca de la pasividad constitucional del hombre homosexual, puede ahora corregirse dentro de nuestra estructura adaptativa de trabajo. No existe relación constitucional entre la homosexualidad y la llamada pasividad. Hay una relación, pero ésta se deriva simplemente de la extensión de la inhibición de una función a otra. El problema fundamental es, como lo hemos demostrado, el fracaso de la aserción. El homosexual que ha sido intimidado en el área sexual, por consiguiente, frecuentemente sufre las inhibiciones en las áreas no sexuales también. La extensión de la inhibición de

la aserción no sexual varía en los diferentes casos. Decir, como Freud, que el masculino es activo y el femenino pasivo, no se puede sostener clínicamente. El hecho es, utilizando los términos de Freud que existen hombres homosexuales activos y hombres homosexuales pasivos; y también hay mujeres homosexuales activas y mujeres homosexuales pasivas. En términos descriptivos esto significa solamente que algunos homosexuales, sin tener en cuenta el sexo, son más asertivos que otros; el patrón específico de aserción de cualquier persona, homosexual, o no, es simplemente un compuesto de percepciones alteradas y de acciones destinadas tanto a reparar el daño causado por la intimidación temprana como a dominar el medio ambiente amenazador. La integración de la aserción refleja la extensión de esta intimidación en la niñez, no herencia ancestral de una disposición bisexual.

La tergiversación más sorprendente de la información clínica producida por el concepto de bisexualidad constitucional está en el significado de motivación dado a la "homosexualidad latente" en el hombre. Esta formulación se utiliza para abarcar una multitud de procesos, tanto sexuales como no sexuales, los cuales, sin embargo, se explican como manifestaciones inconscientes de un instinto homosexual. Todos estos procesos ocasionan ansiedades sobre la duda de si se es homosexual, pero adaptativamente la gran mayoría de ellos no tienen nada que ver con la verdadera homosexualidad. Tales ansiedades pueden dividirse en tres componentes de motivación: sexual, dependencia y poder. El componente sexual es el único de estos tres que busca gratificación sexual como su meta. El deseo homosexual puede llamarse latente, bien sea consciente o inconsciente, mientras no se lleve a cabo manifiesta, y estrictamente hablando, esta es la única constelación que justifica el término de homosexualidad latente. Los componentes de dependencia y poder, sin embargo, como lo denotan sus nombres, buscan metas no sexuales totalmente diferentes, pero utilizan el



aparato genital para llevarlas a cabo. Estas dos motivaciones aparecen en momentos de crisis auto-assertivas precipitadas por el fracaso del papel masculino en cualquier área del comportamiento sexual, social o vocacional. En tal crisis, el hombre puede inconscientemente representar su debilidad a través de una ecuación simbólica: yo, como hombre, soy un fracaso = yo estoy castrado = yo soy una mujer = yo soy un homosexual. Las ideas de esta ecuación se derivan de las directivas sociales que trazan, pero de una manera perjudicial, el "status" relativo del hombre como opuesto al de la mujer. La ecuación es una caricatura de la demanda social de que todos los hombres deben llenar determinados "requisitos masculinos" y del juicio social de que la "femineidad" y la homosexualidad son fracasos horribles, por los cuales el hombre debe perder todo el respeto de sus semejantes. Cada idea de esta ecuación, por consiguiente, refleja la evaluación de un juicio social.

Cualquier hombre que fracasa en su papel masculino, entonces, puede simbólicamente considerarse un homosexual y por consiguiente desarrollar la angustia de ser homosexual. Tales hombres inevitablemente consideran la competencia con otros hombres como una lucha violenta por el poder en el cual el hombre más débil es castrado y reducido al papel "degradante" de mujer. Por esta razón, la ansiedad se dramatiza frecuentemente como la expectativa paranoica de un asalto homosexual, generalmente en la forma de una violación anal. El fracaso causa, además, anhelos de dependencia que toman la forma de fantasías reparadoras de incorporación anal u oral del pene de un hombre más fuerte. Extrayendo de la fortaleza del donador en esta forma, el hombre más débil espera reparar su castración, defenderse de los asaltos homosexuales, deshacer sus fracasos en el papel masculino, y garantizar una actuación exitosa en el futuro. Esta maniobra está condenada al fracaso, no solamente porque es mágica, y en ningún caso puede tener éxito, sino porque el acto fantaseado de

incorporación es mal interpretado por el paciente como de motivación verdaderamente homosexual y, paradójicamente, sirve solamente para perpetuar la ansiedad misma que estaba destinado a aliviar.

Es claro, por consiguiente, que las angustias de ser homosexual no necesitan ser motivadas por el deseo erótico de gratificación homosexual, sino que son frecuentemente reflejos simbólicos del fracaso de alguna aspiración masculina, de la derrota competitiva en la lucha por el poder, y de la fantasía de reparación mágica por medio de la incorporación del pene. Estas ansiedades se describen más exactamente como "pseudohomosexuales" (12, 14, 15); el término "homosexual" debe reservarse a las ansiedades que tienen una causa puramente sexual. Tal distinción subraya nuestra posición de que la teoría de la bisexualidad constitucional oscurece el significado adaptativo tanto de los fenómenos homosexuales como pseudohomosexuales.

Es en la terapia psicoanalítica donde nuestro énfasis en las actitudes aprendidas, en contra del determinismo constitucional, tiene su importancia primordial. Es aquí, particularmente, que el enfoque constitucional clásico puede causar el mayor daño. La interpretación de la homosexualidad manifiesta como expresión de la bisexualidad inherente es lo suficientemente desalentadora para un paciente homosexual, pero explicar la dependencia y los anhelos de poder de un paciente heterosexual sobre la misma base puede ser catastrófico. ¿Cómo podemos esperar que un ser humano acepte las tendencias innatas supuestas que no se pueden alterar y acepte además la permanente degradación de su propia estimación? Peor aún, se le pide que haga este sacrificio en consideración a tendencias que él ni siquiera tiene. El mayor daño de tal interpretación, por lo tanto, es que dirige la atención del paciente a fenómenos erróneos. El verdadero problema consiste en el fracaso de la auto-assertión, no en la homosexualidad.

El concepto freudiano del carácter femenino derivado del componente femenino de la constitución bisexual sufre de los mismos defectos que se encuentran en su psicología del hombre. Aquí, una vez más, Freud atribuyó a la predisposición genética las que, en realidad, son las consecuencias de la interacción entre las mujeres y las instituciones sociales de la cultura masculinamente orientada en la cual ellas viven. Freud nunca desarrolló satisfactoriamente su teoría sobre las mujeres, y estos conceptos han estado sujetos a infinidad de evaluaciones críticas de otros autores (10, 13, 19, 18, 20). Sin repetir sus argumentos contra el concepto de un carácter fijo femenino universal, necesitamos señalar únicamente que en nuestra sociedad la posición de las mujeres está desvalorizada. El orden social es tal que la posición del hombre se cree únicamente por ser éste hombre. Las polaridades de masculinidad y femineidad se identifican respectivamente con juicios de evaluación positivos y negativos. La masculinidad representa fortaleza, dominio, superioridad; la femineidad representa debilidad, sumisión, inferioridad. La primera es equiparada al éxito, la segunda al fracaso. Es verdad que estos valores son estereotipias culturales que expresan ante todo los prejuicios históricos del hombre en la cultura. Sin embargo, sería más seguro decir que tanto los hombres como las mujeres los utilizan al estimar mutuamente el comportamiento. Cada uno de los así llamados rasgos femeninos puede explicarse como el producto aprendido de la experiencia, como una respuesta adaptativa de la mujer a la presión de las instituciones.

La siguiente gran revisión de la teoría de Freud después del concepto del narcisismo tuvo lugar en 1920 con la publicación de "Más allá del principio del placer"<sup>2</sup>. Hasta entonces, Freud había dividido lo instintivo en dos grupos: el instinto sexual, que preservaba la raza, y los instintos del yo, que eran de auto-conservación. El concepto del narcisismo había establecido que ambos instintos derivaban su energía de la libido.

Los dos principios que gobernaban las actividades de los instintos eran el principio del dolor-placer y el principio de realidad. Bajo la influencia del principio del dolor-placer, se sostenía que la meta de todo comportamiento era alcanzar el placer y evitar el dolor. La meta del placer del instinto sexual estaba destinada a permanecer bajo el control de los instintos del yo con miras a la auto-conservación. Esta supremacía del principio de realidad, sin embargo, se establecía "sin abandonar la intención de alcanzar el placer" (2, p. 5), aunque forzaba el aplazamiento de la satisfacción y aún "el sufrimiento temporal del dolor en el largo camino al placer" (2, p. 5).

Freud reconoció que esta teoría fallaba al explicar ciertas contradicciones clínicas del principio del dolor-placer. Había muchos casos en los cuales solo el dolor y no el placer parecían ser la meta aparente del comportamiento. La repetición insistente durante el tratamiento de experiencias dolorosas anteriores reprimidas, la repetición de sueños catastróficos en pacientes con neurosis traumáticas y la repetición de experiencias dolorosas en los juegos de niños no podían estar de acuerdo con la tesis de que el placer era el objetivo último de todo comportamiento. Basándose en estas observaciones, Freud decidió que había una fuerza innata, la compulsión a la repetición, que era una propiedad fundamental de todos los instintos. Por consiguiente, concluyó que el comportamiento dirigido hacia fines dolorosos era una manifestación de la compulsión a la repetición que *iba más allá del principio del placer*. En la misma forma que la búsqueda del placer era la meta del instinto sexual, la compulsión de repetir experiencias dolorosas era la meta de otro impulso instintivo que él llamó instinto de muerte (Thanatos) o instinto de destrucción. En oposición a este instinto de muerte estaban los impulsos de la libido, el instinto sexual y los instintos del yo de auto-conservación, que Freud ahora agrupó bajo el nombre de Eros, o instinto de vida.

La nueva teoría dual de los instintos enfocó la atención sobre el problema de la agresión. Podemos entender mejor cómo trató Freud este problema al revisar los pasos que introdujeron la agresión dentro del esquema de la teoría de la libido. Al principio se creía que las psiconeurosis surgían de un conflicto entre “el instinto sexual, que se dirigía a un objeto, y los otros instintos, provisionalmente descritos como los instintos del yo. Entre los últimos, los que sirven a la auto-conservación del individuo eran los primeros que se debían reconocer” (2, p. 64). El yo, por consiguiente, se consideraba como, “una agencia de represión y censura, capaz de formar defensas y formaciones reactivas”. Freud entonces decidió que la limitación del “concepto de la libido a la energía del instinto sexual dirigida a un objeto” (2 p. 65) era incorrecta. La libido se retiraba del objeto y se dirigía hacia el yo que era también, por consiguiente, uno de los objetos sexuales. Esta libido “narcisista”, que permanecía ligada al yo era “la expresión de la energía de los instintos sexuales, en el sentido analítico, que ahora tenía que identificarse con los instintos de auto-conservación”... (2,66). Con este nuevo concepto del instinto yoico de auto-conservación, incluido en el concepto del narcisismo, Freud no podía ya distinguir entre los instintos de auto-conservación del yo y los instintos sexuales. Todos los instintos entonces parecían ser libidinosos. El descubrimiento de la compulsión a la repetición y la hipótesis del instinto de muerte “no libidinoso” crearon un dilema teórico al cual Freud hizo frente con la sugerencia de que este instinto, también, debía existir dentro del yo en un estado especial de fusión con los instintos libidinosos del yo. Para dar un ejemplo del instinto de muerte, Freud llamó la atención a la polaridad conocida del amor (ternura) y el odio (agresión) hacia el objeto amoroso. La agresión-objetal había sido considerada como la evidencia de un componente sádico del instinto sexual. “Pero cómo”, preguntó Freud, “puede uno derivar un impulso sádico

cuya meta es herir al objeto del Eros animador - de - la - vida! (life-sustaining-Eros) (2, p. 69). La paradoja podía resolverse solamente si “el sadismo es propiamente un instinto de muerte que es apartado del yo por la influencia de la libido narcisista, en tal forma que se vuelve manifiesto únicamente con referencia al objeto”. El masoquismo podía entonces considerarse “el retroceso del sadismo sobre el yo mismo” (2, p. 70). El sadismo y el masoquismo podían existir como pura agresión, o en combinación con el instinto sexual, podían erotizarse y ponerse al servicio de la función sexual. La nueva teoría de los instintos, por consiguiente, establecía la agresión, bien fuese hacia un objeto o hacia el yo mismo, como una representación del instinto de muerte. Además, el instinto de agresión era considerado uno de los instintos del yo y sus manifestaciones se exhibían en relaciones agresivas hacia los objetos.

La revisión final de la teoría de los instintos de Freud debía convertirse en la primera piedra de la nueva psicología del yo (8). Estableció el instinto de agresión como la fuerza motivadora que podía sufrir represión y causar neurosis, lo que antes había sido considerado como expresiones del instinto sexual y de los instintos libidinosos del yo (narcisismo). El estudio de las respuestas adaptativas del yo, sin embargo, permanecía sujeto a una concepción instintiva —la lucha entre los instintos libidinosos vitales del sexo y de la auto-conservación y el instinto no-libidinoso agresivo de muerte.

La teoría dual de los instintos fue no solamente un intento de corregir la contradicción de la teoría de la libido, sino también el esfuerzo final de Freud de definir la naturaleza última de las cosas. El esfuerzo fracasó porque él intentó resolver el problema de la libido contra la agresión no-erótica por medio del truco verbal de llamar al uno instinto de la vida y al otro instinto de la muerte. La nueva formulación existía en un nivel de abstracción tan alejado de la observación-clínica, hasta el punto de

no tener mayor validez práctica que las generalizaciones teológicas comunes sobre el Bien y el Mal. Los instintos de la vida y la muerte estaban dotados de atributos antropomórficos. Ellos estaban comprometidos en una lucha constante sobre la cual el hombre mismo parecía no tener control. Aquí, de nuevo, Freud erróneamente le atribuyó propiedades a los “instintos” más bien que al organismo total. La única cosa que el organismo podía hacer era mantenerse pasivo mientras los instintos de la vida y la muerte luchaban el uno en contra del otro para dominar. La nueva teoría era solamente otra manifestación de la imposibilidad de poner en práctica los conceptos fundados en un principio instintivo.

El mismo defecto se encuentra en el concepto de la “compulsión a la repetición”. Examinemos este concepto desde el punto de vista de las observaciones clínicas en las cuales se basa: los sueños catastróficos repetitivos en las neurosis traumáticas, la repetición de experiencias dolorosas en la transferencia, y la repetición de experiencias dolorosas en los juegos de niños. Estas observaciones están sujetas a tratarse con conceptos que permiten una exploración más penetrante de lo que lo hace un término descriptivo que le da un nombre a un fenómeno y al mismo tiempo, por virtud de ese nombre, arbitrariamente supone que es la propiedad del instinto.

Freud sostuvo que los sueños repetitivos en las neurosis traumáticas representaban una ruptura de las defensas en contra de estímulos dolorosos (Reitschutz) y eran intentos de disipar los efectos de esta ruptura por medio de la repetición del evento traumático original. Esta explicación es muy parecida a la antigua teoría de “abreacción”. Se debe tener en cuenta que Freud descartó las explicaciones de Abraham, Ferenzi y Jones, que estaban basadas en la teoría de la libido. El no aprobó la idea de que la culpa edípica, el miedo a la castración, o la regresión pregenital explicaran los síntomas, pero en

cambio se buscó un principio totalmente nuevo —la ruptura de una defensa contra estímulos dolorosos—. Esta explicación reconoce un factor etiológico, pero no nos dice por qué ocurrió la ruptura, o cuáles eran las consecuencias. En nuestra opinión, utilizando la terminología de Freud, la ruptura de la defensa contra estímulos desorganiza permanentemente los mecanismos efectivos de adaptación. La causa de esta desorganización es el evento traumático, que momentáneamente despoja al sujeto de los medios de dominar al mundo exterior. Este último toma un aspecto amenazador y esta percepción alterada persiste mucho tiempo después de que el trauma ha pasado<sup>9</sup>

El uso del “instinto de muerte” para explicar las consecuencias del evento traumático se contradice con el material clínico. Estas consecuencias pueden definirse únicamente en términos de un sistema de acción, detrás del cual el instinto de auto-conservación, si es que existe tal instinto unitario, aún opera muy efectivamente. La ansiedad del sujeto es una indicación de que se siente amenazado. Esta ansiedad es omnipresente. Lo que ha sido lastimado, roto o destruido, son los instrumentos ejecutivos que protegen la persona hasta el momento del trauma. El mundo se ha convertido en un sitio peligroso precisamente porque los medios de entenderlas con él están coartados. En la experiencia traumática estos instrumentos son inadecuados, fracasan en su función de protección, y desde entonces se perciben como inútiles. Una vez que la persona utiliza un aparato ejecutivo defectuoso, pero con la excepción de los casos con inhibiciones burdas como la ceguera, la sordera, paraplegías, pérdidas periódicas del conocimiento, etc., el sujeto no se da cuenta de que su capacidad de adaptación ha sido destruída.

Según estas consideraciones, la “compulsión a la repetición” en las neurosis traumáticas se convierte no en una propiedad del instinto, sino en un intento repetitivo de operar con un sistema de-

fectuoso de acción ejecutiva. Se puede decir que el "mecanismo" aquí utilizado es el de la contracción del yo. Por consiguiente es una inhibición protectora de la función, o el aprisionamiento de la integración que anteriormente era eficiente. La compulsión de repetir es un rasgo universal de la adaptación humana, bien sea que la función ejecutiva implicada sea eficiente o ya deteriorada. Una vez que las percepciones estén organizadas y lleven a actos cuya meta sea la seguridad, real o ilusoria, el aparato ejecutivo de percepción así establecido tiende a utilizarse de nuevo más y más. Es una cuestión de comportamiento adquirido por aprendizaje y de economía de esfuerzo, no de inevitabilidad de los instintos.

Por lo mismo la "repetición" en la transferencia no es una propiedad misteriosa del instinto. El paciente estructura sus relaciones con el terapeuta de acuerdo con su experiencia pasada. Así, identifica al terapeuta con una figura parental porque percibe sus relaciones con él, en los términos de sus necesidades y esperanzas infantiles. Los patrones de dependencia infantil, que alguna vez fueron de utilidad al paciente, se utilizan ahora automáticamente con el objeto de forzar al terapeuta a proveer el amor y la protección que se desea. La suma total de tales sistemas de percepción y acción en sus relaciones con otros le da al individuo su carácter específico. La base para el estilo particular de estructuración del mundo exterior yace, por consiguiente, en las funciones organizadoras y sintetizadoras del yo.

Tampoco se requiere una hipótesis instintiva para explicar la repetición de las experiencias dolorosas en los juegos de niños. Así, en el ejemplo citado por Freud, un niño, abandonado por su madre, juega a tirar su muñeca debajo de la cama y a recuperarla<sup>2</sup>. Freud atribuyó el comportamiento del niño a la compulsión a la repetición que lo impulsaba a repetir el trauma doloroso de la separación. Tal fenómeno de repetición, nos parece, se puede entender mu-

cho mejor en términos de adaptación. El juego es, en realidad, una manifestación de un deseo ardiente y mágico de dominio. El juego es manifiestamente diferente a la experiencia real en cuanto a que el fin se cambia. La madre, en la vida real, puede partir, y este hecho no se puede controlar. La muñeca, por el otro lado, siendo una sustitución, puede recuperarse, y en esta forma el juego le permite al niño "alucinar" su regreso. Así, el niño expresa su ansiedad acudiendo a la omnipotencia mágica. El juego es, por consiguiente, un reflejo de adaptación y debe continuarse mientras existe la angustia.

A la identificación de la agresión con un instinto de destrucción se le pueden aplicar críticas por las mismas razones que lo hicimos con el concepto de compulsión a la repetición. La agresión, como la concibió Freud se convierte en una meta en sí misma, más bien que en los medios para llegar a un fin. Realmente, sin embargo, la agresión comprende una variedad de recursos de adaptación a la frustración y a las percepciones de peligro y es sencillamente un tipo de comportamiento de emergencia. Siempre se integra a través de la emoción de rabia y busca remover, herir, o destruir la fuente de amenaza. También surge cuando el aparato de adaptación ha sido perturbado y fracasa en su desarrollo y no puede movilizarse para hacer frente a las nuevas situaciones. Esta concepción adaptativa de la agresión existe en todas las áreas del comportamiento, inclusive en la sexual. La división de Freud de la agresión en formas eróticas y no eróticas ignoró los intentos de adaptación de la agresión: la utilización de actos destinados a alcanzar el placer y la seguridad. Así, el sadismo y masoquismo, cuando se utilizan con propósitos eróticos, fueron considerados por Freud como el resultado de la fusión entre los instintos libidinosos que buscan el placer y los instintos destructivos que buscan el dolor. Este recurso semántico no provee un instrumento clínico utilizable y permanece siendo una excursión poética en el mundo de imágenes grá-

ficas. Lo que se pierde en tal hipótesis es el propósito adaptativo de la agresión que se dirige bien sea hacia el consorte sexual (sadismo) o hacia sí mismo (masoquismo). En cualquiera de los dos casos el propósito es garantizar alguna medida de placer sexual frente a la amenaza y el peligro.

El punto de vista adaptativo del sadismo y del masoquismo no requiere la reversión del principio del dolor-placer dado por Freud en "Más Allá del Principio del Placer". Freud tenía razón originalmente. La búsqueda del placer y el deseo de evitar el dolor es una ley fundamental bien lógica. No se necesita hacer excepciones para el sadismo y el masoquismo. En estos casos el organismo utiliza medios dolorosos para alcanzar fines placenteros. No existe desviación alguna en la meta final. Siempre es el placer, aunque el deseo se reprima y por lo tanto se oculte tanto al sujeto como al observador. La suposición de Freud de que estímulos dolorosos pueden de alguna manera "transformarse" en placer no se puede probar clínicamente, y peor aún se pierde de vista la operación medio-finalista que está realmente implicada. Todo lo que podemos ver es que el dolor es una precondición para alcanzar el placer, no la fuente del placer mismo. En otras palabras, el sadismo y el masoquismo son variedades de conducta subordinadas al dolor<sup>16</sup> que pueden clasificarse bajo dos títulos: imposición de dolor e incorporación de dolor.

Examinemos las fuentes que motivan tal comportamiento en términos adaptativos. La imposición de dolor (sadismo) no tiene nada que ver con un instinto de muerte destructivo, sino que es una repuesta adaptativa a una situación de peligro y está, por consiguiente, totalmente en armonía con la necesidad biológica de auto-conservación. Esta respuesta está medida por la emoción de emergencia de la rabia. En el comportamiento sexual el que inflige dolor se protege anticipadamente de ser lastimado imponiendo una lesión a su consorte. El da el primer golpe, por

así decir, desarma al consorte, y así protegido puede proseguir y gozar del placer. En realidad, el que inflige dolor tiene que estar en estado de rabia para perder el miedo.

El problema de la incorporación de dolor (masoquismo) es mucho más complicado, porque se pueden utilizar varias maniobras diferentes para alcanzar la meta última del placer. Además, no solamente varían las maniobras sino que los orígenes que las motivan también varían. Se pueden clasificar de la manera siguiente:

### 1. *La incorporación de dolor como un reflejo condicionado.*

Esto nos trae a la memoria la famosa fábula china del "marrano asado", de Charles Lamb, en la cual, para asar el marrano se creía necesario quemar la casa. Este es un ejemplo de una acción basada en una percepción errada de la relación entre la causa y el efecto. La misma deformación puede ocurrir en las fantasías de masturbación de la niña que ha sido inculcada a considerar el sexo como algo sucio, doloroso y degradante. Ella alcanza el orgasmo únicamente si se imagina a sí misma atada a la cama, orinada, golpeada y violada. Tales fantasías reflejan la versión que ella acepta de lo que naturalmente debe sufrirse antes de obtener placer alguno del acto sexual. Se ha demostrado repetidamente en el laboratorio que los animales pueden condicionarse para que busquen un estímulo de dolor antes de satisfacer una necesidad básica como el hambre<sup>11</sup>. Creemos que modelos similares de asociación pueden llevar a patrones de integración subordinados al dolor en el comportamiento humano. Tales patrones no se derivan de transgresión, culpabilidad y auto-castigo. En ese sentido se deben diferenciar de la siguiente categoría.

### 2. *Incorporación de dolor como comportamiento de auto-castigo.*

El placer, sexual o no sexual, se concibe como una transgresión contra la

autoridad de los padres. Cualquier intento de alcanzar el placer que se desea, por consiguiente, se inhibe por el miedo culposo de castigo. La incorporación de dolor se vuelve una "muestra" de sufrimiento profiláctico que evita y protege contra la prevista amenaza mayor de los padres. El paciente hace la escogencia de un "mal menor" y paga por su placer anticipadamente. En esta forma él expía su culpa por medio del auto-castigo, se sobrepone al miedo que lo inhibe y consigue la gratificación deseada<sup>1</sup>.

### 3. *Incorporación de dolor como sumisión pasiva.*

El miedo de la represalia por la autoafirmación se sobrepone por medio de actos o fantasías de sumisión pasiva. El propósito defensivo de este tipo de incorporación de dolor es negar cualquier intención agresiva o destructiva. Esto se puede llevar a cabo de dos maneras. En una, el placer puede únicamente experimentarse por medio de la sumisión abyecta que se supone pacífica al objeto del cual se busca placer. Un ejemplo de este caso es el hombre sumiso que solo puede funcionar sexualmente con una mujer agresiva que lo someta repetidamente a humillaciones y desprecios.

La otra forma hace uso de la sumisión para negarse a los deseos de competir con rivales, hermanos o padres. Esto se ve en el hombre que puede llegar al orgasmo únicamente con ayuda de la fantasía de ser mujer. El, por consiguiente, se castra, simbólicamente se somete a sus competidores masculinos, y se protege contra su represalia por atreverse a actuar como un hombre.

Para concluir debemos señalar de nuevo una de las diferencias fundamentales entre la teoría clásica y la teoría adaptativa. En una psicología instintiva los impulsos suministran no solamente la meta de una actividad, sino también los medios de la acción ejecutiva. La última ha sido, por muchos

años, una de las áreas relativamente silenciosas de la teoría analítica. La psicología del instinto le atribuye las variaciones del comportamiento a alteraciones en motivación exclusivamente. La teoría adaptativa se interesa en la forma en que las funciones del yo se combinan como patrones integrados, porque rechaza la suposición de que ellas se desarrollan a lo largo de un curso preordenado filogenéticamente. La teoría adaptativa, por consiguiente, no solamente trata con los factores congénitos en el desarrollo, sino que introduce dos nuevas variables: la contingencia del patrón integrador mediante la experiencia, y la contingencia de la motivación mediante el patrón integrador. Nosotros hemos estudiado esta contingencia de la motivación dependiente de recursos disponibles en nuestra discusión sobre las neurosis traumáticas de guerra. La paralización de los recursos de adaptación para hacer frente al mundo exterior deja al organismo sin defensa. Entonces la persona o se escapa de su ambiente, o actúa con agresión desorganizada en contra de él. No hay nada defectuoso en la motivación, ya sea del placer o de la seguridad; el defecto yace en el aparato de percepción y acción (patrón integrador). El síndrome de agresión desorganizada de miedo-rabia, por consiguiente, donde quiera que aparezca, bien sea en la neurosis traumática o en otras formas de psicopatología no tiene que ser necesariamente el resultado de una motivación alterada. Puede atribuirse a una deficiencia de integración en el aparato de superación del yo, bien sea a causa de alguna desorganización después de que éste está ya formado, o del fracaso ontogenético en desarrollarse.

En esta parte del estudio hemos discutido los esfuerzos de Freud por extender la teoría de la libido para que abarcara los antes ignorados desórdenes de las funciones del yo. El logró esta extensión, pero al mismo tiempo perpetuó la mayoría de los defectos inherentes de la teoría original. Sin embargo, el concepto del narcisismo y de la

teoría dual de los instintos, con su nuevo énfasis en la agresión, posibilitó un mucho mayor entendimiento del comportamiento humano. Hemos tratado de conservar esos aspectos de los nuevos conceptos de Freud que consideramos útiles para entender las funciones

del yo dentro de un marco de referencia adaptativa. En la parte cuarta y final de este estudio consideraremos las implicaciones de la nueva hipótesis estructural de Freud, su teoría revisada sobre la angustia, y la psicología del yo post-freudiana.

## BIBLIOGRAFIA

- 1 BIEBER, I.: *The Meaning of Masochism*. Am. K. Psychotherapy, 7: 433-448, 1953.
- 2 FREUD, S.: *Beyond the Pleasure Principle*, p. 5. Boni & Liveright, New York, 1924.
- 3 FREUD, S.: *A General Introduction to Psychoanalysis*, p. 369, Garden City Publishing Co. Garden City, New York, 1943.
- 4 FREUD, S.: *Instincts and their vicissitudes*. In *Collected Papers*, Vol. 4, pp. 60-83. Hogarth Press, London, 1948.
- 5 FREUD, S.: *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, Chap. 5 W. W. Norton, New York, 1933.
- 6 FREUD, S.: *On narcissism*. In *Collected Papers*, Vol. 4, p. 32. Hogarth press, London, 1948.
- 7 FREUD, S.: *Psychoanalytic notes upon an autobiographical account of a case of paranoia (dementia paranoides)*. In *Collected Papers*, Vol. 3, pp. 387-470. Hogarth Press, London, 1948.
- 8 HARTMANN, H., Kris, E. and Lowenstein, R.: *Notes on the theory of aggression*. *Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4: 9-36, 1949.
- 9 KARDINER, A. and SPIEGEL, H.: *War Stress and Neurotic Illness*. Paul B. Hoeber, New York, 1941.
- 10 KLINE, V.: *The Feminine Character*. International Universities Press, New York, 1948.
- 11 MASSERMAN, J.: *Behavior and Neurosis*. Univ. of Chicago Press, Chicago, 1943.
- 12 OVESEY, L.: *The homosexual conflict*. *Psychiatry*, 17: 243-250, 1954.
- 13 OVESEY, L.: *Masculine aspirations in women*. *Psychiatry*, 19: 341-351, 1956.
- 14 OVESEY, L.: *The pseudohomosexual anxiety*. *Psychiatry*, 18: 17-25, 1955.
- 15 OVESEY, L.: *Pseudohomosexuality, the paranoic mechanism, and paranoia*. *Psychiatry*, 18: 163-173, 1955.
- 16 RADO, S.: *An adaptational view of sexual behavior*. In *Psychoanalysis of Behavior*, p. 201. Grune & Stratton, New York, 1956.
- 17 RADO, S.: *A critical examination of the concept of bisexuality*. *Psychosom. Med.* 2: 459-467, 1940.
- 18 THOMSON, C.: *Cultural pressures in the psychology of women*. *Psychiatry*, 5: 331-339, 1942.
- 19 THOMSON, C.: *Penis envy in women*. *Psychiatry*, 6: 123-125, 1943.
- 20 THOMSON, C.: *The role of women in this culture*. *Psychiatry*, 4: 1-8, 1941.

#### 4. LA HIPÓTESIS ESTRUCTURAL, EL PROBLEMA DE LA ANGUSTIA Y LA PSICOLOGÍA DEL YO POSTFREUDIANA

El concepto del narcisismo y la nueva teoría de los instintos tuvieron como continuación una definición más precisa de la estructura y las funciones del yo. La primera división topográfica de la mente en: consciente (Cc.), preconscious (Prec.), e (inconsciente (Inc.) se había edificado basándose en

la teoría de la represión. Como una topografía descriptiva este sistema había sido suficiente para delinear el conflicto entre los deseos libidinosos inconscientes reprimidos del instinto sexual (placer) y las fuerzas contrarias del instinto del yo, de autoconservación (realidad). Durante el tratamiento psicoanalítico, sin embargo, era necesario ocuparse de las fuentes de la resistencia y de la represión, y no solamente de las ideas que se reprimían. Las fuentes



tanto de la resistencia como de la represión eran inconscientes y sin embargo claramente surgían de las acciones del yo. Freud, por consiguiente, consideró necesario crear otra teoría estructural de la mente que facilitara la comprensión de las funciones inconscientes del yo que no se habían considerado en la topografía anterior. En las propias palabras de Freud:

“Hemos llegado a algo en el yo mismo que también es inconsciente, que se manifiesta exactamente lo mismo que lo reprimido, esto es, que produce poderosos efectos sin ser consciente y que requiere trabajo especial antes de hacerse consciente. Desde el punto de vista de la práctica analítica, la consecuencia de esta observación es que llegamos a una dificultad y confusión sin fin, si nos adherimos a nuestra manera anterior de expresarnos y si tratamos, por ejemplo, de derivar la neurosis de un conflicto entre el consciente y el inconsciente. Tendremos que substituir esta antítesis por otra tomada de nuestra comprensión de las condiciones estructurales de la mente, es decir, la antítesis entre el yo organizado y lo que se reprime y disocia de él”<sup>4</sup>

Así, el problema del análisis se convirtió en la investigación de las funciones del yo y de los mecanismos yoicos de represión y resistencia. La ya división familiar del aparato mental en yo, ello y super-yo se presentó formalmente en 1923 en “El Yo y el Ello. Brevemente, el ello era el depósito de la energía de los instintos, el sitio de los impulsos inconscientes. El yo incluía tanto elementos inconscientes como conscientes, la parte consciente del yo surgía del ello a través de la percepción consciente (sistema P.-Cc.) de estímulos externos e internos. Era “esa parte del ello que había sido modificada por la influencia directa del mundo exterior actuando a través del P.-Cc.: en cierto sentido es la extensión de la diferenciación superficial. Además, el yo tiene la tarea de llevar la influencia del mundo exterior para que pese sobre el ello y sus tendencias, y trata de substituir el principio

de la realidad por el principio del placer que es rey supremo del ello. En el yo las percepciones representan el papel que en el ello incumbe al instinto. El yo representa lo que llamamos razón y cordura, al contrario del ello que representa las pasiones”, (4, pp.29-30). El segmento inconsciente del yo fue incluido en la tercera sub-división del aparato mental, el super-yo, que se manifestaba como un sentimiento inconsciente de culpabilidad. Freud descubrió que en una gran cantidad de neurosis este sentimiento de culpabilidad tenía una influencia decisiva y obstaculizaba poderosamente la mejoría.

El super-yo extendía las funciones del ideal del yo que Freud había descrito en su estudio anterior, “Sobre el Narcisismo”<sup>7</sup>. Se originaba en la identificación inicial con los padres, y sus características especiales surgían de la bisexualidad constitucional con la cual cada persona estaba dotada y la solución del complejo de Edipo. Así, Freud postuló que la bisexualidad resultaba en todo ser humano en un complejo de Edipo tanto positivo como negativo, la desaparición del cual producía una identificación paterna y una identificación materna, cuya intensidad relativa reflejaba la preponderancia de una u otra disposición sexual. La combinación de estas dos identificaciones formaban un “precipitado en el yo” (7, p. 44) que comprendía un ideal del yo o super-yo. Basándose en estas hipótesis, Freud concluyó: “El super-yo retiene el carácter del padre, mientras más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido sucumbió a la represión (bajo la influencia de la disciplina, la enseñanza religiosa, el colegio y las lecturas), más exigente es después el dominio del super-yo sobre el yo en la forma de conciencia moral o quizá de un sentimiento inconsciente de culpabilidad” (7, p. 45).

Freud trató ahora de sintetizar la nueva topografía con su teoría dual de los instintos. Sugirió primero los conceptos de “fusión” y “disociación” de las dos clases de instintos:

“El componente sádico del instinto sexual sería un ejemplo clásico de fusión de instintos para un propósito útil; y la perversión en la cual el sadismo se ha hecho independiente sería típica de “disociación”, aunque no fuera una disociación absolutamente completa. De aquí obtenemos una impresión nueva de un gran orden de hechos que antes no se habían considerado desde este punto de vista. Percibimos que para propósitos de descarga el instinto de destrucción está habitualmente bajo el servicio del Eros; sospechamos que el ataque de epilepsia es el producto y la señal de una “disociación” de los instintos; y llegamos a entender que la “disociación” y la marcada aparición del instinto de muerte están entre los efectos más notorios de muchas neurosis severas, por ejemplo las neurosis obsesivas. Haciendo una rápida generalización, podemos conjeturar que la esencia de una regresión de la libido, por ej. de lo genital a un nivel sádico-anal, estaría en la disociación de los instintos, así como, en forma contraria, el avance de una etapa anterior a la fase genital definitiva, estaría determinada por un acceso de los componentes eróticos” (4 pp. 57-58).

Freud especuló entonces sobre la existencia de “una energía desplazable, que es en sí misma neutra, pero que está capacitada para unir sus fuerzas bien sea a un impulso erótico o a un impulso destructivo, aún con su diferencia cualitativa, y aumentar su carga (cathexis) total”. (4, pp. 61-62). Concluyó que esta energía neutralizada “que es probablemente activa tanto en el yo como en el ello, procede de un depósito narcisista de la libido, i. e. que es Eros desexualizado” (4, pp. 62-63).

Esta libido desexualizada era idéntica a la energía sublimada que entre otras funciones suministraba la energía para los procesos del pensamiento.

Freud examinó luego las razones para el intenso sentimiento de culpa tan frecuentemente observado en las depresiones y en las neurosis obsesivas:

“La pregunta cuya respuesta hemos pospuesto es la siguiente: ¿Cómo es que el super-yo se manifiesta esencialmente como un sentimiento de culpa (o más bien como crítica, puesto que el sentimiento de culpa es la percepción en el yo que corresponde a la crítica) y al mismo tiempo desarrolla un rigor y una severidad tan extraordinarios hacia el yo? Si examinamos la melancolía primero, encontramos que un super-yo excesivamente fuerte que se ha apoderado del consciente lucha contra el yo con furia despiadada, como si se hubiera apropiado todo el sadismo disponible en la persona. Siguiendo nuestra opinión acerca del sadismo, diríamos que el componente destructivo ha invadido el super-yo y se ha tornado contra el yo. Lo que ahora rige al yo es, por así decirlo, un cultivo puro del instinto de muerte y el hecho es que a menudo llega a llevar al yo a la muerte, si este último no se protege a sí mismo del tirano a tiempo cambiando repentinamente a una manía” (4, p. 77).

“En la neurosis obsesiva se ha hecho posible, a través de una regresión a la organización pregenital, que los impulsos amorosos se transformen en impulsos agresivos contra el objeto. Aquí de nuevo el instinto de destrucción ha sido liberado y tiene como meta destruir al objeto, o por lo menos parece tener esta meta. Estas tendencias no han sido adoptadas por el yo; lucha contra ellas con formaciones reactivas y medidas de precaución, y las tendencias permanecen en el ello. El super-yo, sin embargo, se comporta como si el yo fuera el culpable de ellas y demuestra con su celo en castigar estas intenciones destructivas que no son simplemente semejanzas evocadas por la regresión sino que son realmente una substitución del amor por el odio. Impotente en cualquier dirección, el yo se defiende vanamente, lo mismo contra las instigaciones del ello criminal que contra los reproches de la conciencia castigadora. Logra mantener bajo control por lo menos las acciones más brutales de ambos lados; el primer resultado es auto-atormentarse interminablemente, y eventualmente si-

que la tortura sistemática del objeto, si éste está al alcance" (4, pp. 78-79).

Entre más agresión y más necesidad de control, más intensa es la agresión castigadora del super-yo hacia el yo. Freud localizó la fuente de la crueldad dirigida a sí mismo en la "disociación" de los "instintos" que ocurría durante la identificación con el padre que contribuía a la represión del complejo de Edipo. Una vez que el componente erótico se separaba de los elementos destructivos, estos últimos se liberaban como tendencias agresivas. La necesidad del yo de reprimir estos impulsos peligrosos se intensifica con la auto-agresión amenazadora que forma también parte del super-yo. El peligro temido por el yo, concluyó Freud, no debe ser otra cosa que la amenaza de castración alguna vez pronunciada por el padre que se convirtió en el ideal del yo. El horror a la castración continuaba así a lo largo de la vida como un miedo a la conciencia.

La nueva hipótesis estructural aceleró las tendencias del psicoanálisis hacia una psicología del yo. No constituyó, sin embargo, una desviación, de las suposiciones básicas de Freud sobre los instintos y sus energías. Las nuevas formulaciones simplemente fueron situadas dentro de la estructura de referencia existente. La neurosis siguió siendo el producto del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, ahora expresado en términos del combate mortal entre las divisiones estructurales de la mente. La teoría atribuyó a los conceptos yo y super-yo las mismas propiedades antropomórficas que Freud había atribuido previamente a los instintos. Así, en la melancolía, Freud describió al super-yo como un "tirano despiadado", y en las neurosis obsesivas el ello se concibió como un "criminal" y al super-yo como un "verdugo". Además, estos conceptos, como los instintos, se trataron como si fueran filogenéticamente predeterminados, y una vez más la evolución social se hizo a un lado. Si los instintos de vida y de muerte proveían las fuerzas claves motivadoras del comportamiento, entonces la función del yo po-

día ser poco más que controlar y transigir en su lucha por refrenar los instintos. La interacción social, como en la teoría inicial de la libido, seguía siendo una causa determinante menor, sin influencia decisiva en la formación de la personalidad. Aunque Freud creó los instrumentos conceptuales necesarios para el estudio de esta interacción, en su mayor parte no los utilizó. En vez de esto construyó una psicología del yo basada en su teoría de los instintos, y terminó en las mismas contradicciones que habían acosado a la teoría de la libido. En nuestra opinión la utilidad de cualquier psicología del yo depende de qué tanto reconozca el efecto preponderante de la experiencia en el desarrollo humano.

Los conceptos de fusión y disociación prácticamente hacían a un lado el aprendizaje en su consideración del comportamiento de los seres humanos. Los dos instintos de la nueva teoría dual de los instintos se consideraban como si poseyeran capacidades innatas de fusión, disociación, neutralización y sublimación, sin referencia alguna a la acción recíproca entre el organismo y su medio ambiente. Como resultado, los procesos del desarrollo se convertían en puros productos accesorios o residuos de las propiedades intrínsecas del instinto. Así, si el sadismo "decidiera" de pronto desunirse del Eros, el sujeto sufriría de una explosión de agresión, pero ésta no estaría aparentemente relacionada con provocación alguna de objetos externos. Nuestra objeción a tales formulaciones es que ellas impiden el examen de importantes aspectos del desarrollo. Podemos señalar por lo menos cuatro problemas clínicos importantes que se oscurecen por inventos metapsicológicos de fusión y disociación de los instintos: las condiciones bajo las cuales la afectividad tierna se desarrolla o falla en desarrollarse en relaciones objetales; la dinámica de la agresión en sus varias formas desde aserción hasta crueldad sádica; la "transformación" de amor en odio en las relaciones con los objetos; la acción auto-punitiva de la conciencia en la melancolía.

Ya hemos señalado que el problema de la afectividad tierna nunca fue clarificado en la teoría de la libido por el concepto de "carga" de objeto<sup>16</sup>. La búsqueda de un objeto era motivada internamente por la libido que buscaba objetos como medios de descarga. El objeto, en sí mismo, era esencialmente un recipiente pasivo, semejante a un electrodo que completa un circuito eléctrico. El "amor" y todas las emociones incluídas bajo este título eran producidas por la capacidad del objeto de permitir un descargue satisfactorio de energía libidinosa. En la nueva teoría, en la cual el Eros estaba unido con el instinto de muerte, la falla en amar un objeto significaba que los dos instintos se habían "disociado" y que el instinto más poderoso de destrucción decidía el destino de la relación objetal. El amor se transformaba así en odio, y todo el proceso reflejaba la lucha innata entre los instintos. Esta hipótesis ignoraba el papel del objeto en la inducción, bien fuera de amor o de odio, en el sujeto. En años recientes, algunas de las condiciones reales de la vida bajo las cuales la afectividad tierna se desarrolla o no se desarrolla han sido experimentalmente establecidas<sup>1</sup>. La capacidad de amar puede ser innata, pero su evolución y expresión última dependen en gran parte de un tipo particular de relación con el objeto externo. El ingrediente esencial en tal relación es la consistente demostración de afecto de los padres o substitutos cuando ellos satisfacen las necesidades del niño. La afectividad tierna se introduce así en el niño, tanto al recibir como al dar gratificación. En esta forma el niño aprende a amar a través del ejemplo de ser amado por las personas que lo cuidan.

Ya hemos criticado anteriormente el concepto de un instinto de agresión, en nuestra discusión sobre la teoría dual de los instintos, fundándonos en el hecho de que anulaba la importancia adaptativa del comportamiento agresivo<sup>16</sup>. La hipótesis estructural simplemente elaboraba esta versión instintiva de la agresión. No hizo más que suministrar un aparato ejecutivo hipotético que lleva-

ba a cabo las exigencias imperativas del instinto de muerte. Estas exigencias investigaban la expresión destructiva siempre que la agresión pura se liberaba a través de la disociación de los instintos. Debemos reiterar que nuestra opinión es que la agresión tiene una función de adaptación. No es simplemente una descarga automática de energía instintiva. Es una reacción de adaptación del yo a la amenaza o frustración y tiene como propósito eliminar la fuente del peligro. La meta última de la agresión, por consiguiente, es conseguir seguridad: nunca es destructiva solamente, como un fin en sí mismo.

Freud utilizó el ejemplo de la neurosis obsesiva para demostrar la transformación de amor en odio. Atribuyó esta transformación a una regresión anal-sádica que permitía la disociación de los instintos y liberaba el instinto de destrucción. Clínicamente, patrones de agresión en pacientes obsesivos se expresan en términos de dominio y sumisión. Estas son las formas de adquirir seguridad que se originan desde el punto de vista del desarrollo debido, a una clase particular de relación con los padres. Al niño se le enseña que debe pagar un precio por la continua seguridad que le dan los cuidados y protección de los padres. Este precio es la obediencia total a las exigencias de los padres y la renuncia del niño a sus propios deseos. El niño reacciona a tal intimidación con desafío y sumisión o con la combinación de ambos. La relación con los padres se vuelve un campo de batalla donde no existe espacio para intercambio de amor. Las únicas emociones que pueden florecer en esta lucha por el poder son las emociones de emergencia, de rabia y de miedo. Los seres que crecen en este clima sufren de empobrecimiento emocional. Es difícil para ellos amar; en su lugar ellos buscan utilizar a los demás, y si están lo suficientemente intimidados, se comportan de una manera sumisa. Debemos concluir que el amor no se puede "transformar" en nada. O bien está presente o ausente. Algunas condiciones favorecen su desarrollo, otras no. La amenaza y el peligro son

las condiciones más comunes que no lo favorecen. La agresión que aparece en estas circunstancias no es una transformación de los impulsos de amar sino puramente una reacción de adaptación a una clase diferente de condiciones de vida. Aparece *en vez* del amor, no como transformación del amor. Los conceptos de fusión y disociación de los instintos, por consiguiente, son estorbos teóricos innecesarios que sirven solamente para esconder las verdaderas razones para el reemplazo de una clase de integración emocional por otra.

Examinemos ahora el concepto de Freud del super-yo. El concibió el super-yo como un instrumento de culpabilidad y de comportamiento auto-punitivo. Se originaba durante la represión del complejo de Edipo a través de la identificación con el padre. Esta identificación tenía raíces tanto ontogenéticas como filogenéticas, estas últimas a través de los sentimientos de culpa heredados por el parricidio primitivo. La amenaza de castración anticipada del padre era así internalizada y se evocaba subsiguientemente cuando los impulsos sexuales prohibidos amenazaban surgir. En la teoría freudiana la amenaza de castración se convirtió en el prototipo del castigo para cualquier actuación mala, sexual o no sexual, y se perpetuaba a través de la vida como el temor a la conciencia. La fuerza impulsadora detrás de los operaciones del super-yo era el instinto de muerte. Así Freud atribuyó la intensidad irracional del auto-castigo en cualquier persona a la cantidad de sadismo puesto a disposición del super-yo a través del proceso de disociación de los instintos. En esencia, el super-yo se comportaba como juez y verdugo, expresando así la fuerza y dirección del instinto de agresión.

Nuestra crítica principal de esta teoría del super-yo es que falla en tomar suficientemente en cuenta el papel de la adaptación en el desarrollo de la conciencia. Los fenómenos de adaptación son dejados a un lado por la preocupación típica de Freud por las he-

rencias filogenéticas y las energías de los instintos. Los problemas, como los vemos nosotros, son de determinar primero cómo un ser humano desarrolla los mecanismos internos automáticos de auto-control, auto-castigo y auto-recompensa que abarcan la conciencia moral; y segundo, por qué la intensidad de la auto-crítica y el auto-castigo algunas veces va mucha más allá de los límites correspondientes a la supuesta falta, como en la melancolía. Las expresiones de conciencia moral que Freud atribuyó al super-yo, se convierten dentro del marco de referencia adaptativa en atributos especiales del yo en desarrollo. No necesitamos ni una historia mística ancestral ni una fuerza impulsadora instintiva para entender estos atributos. Los mecanismos automáticos de conciencia moral que hemos citado anteriormente, son recursos aprendidos para mantener la seguridad contra los ataques punitivos de los padres durante la niñez, y de otras autoridades más tarde. Estas técnicas pueden establecer únicamente en el contexto de la relación de dependencia hacia los padres, cuya omnipotencia y amor son esenciales para la seguridad y comodidad del niño. En otras palabras, la conciencia moral es un sub-producto de las mismas condiciones de desarrollos que inducen la afectividad tierna y la capacidad de amar. Donde la relación de dependencia entre el niño y los padres se tergiversa, ocurren desórdenes de conciencia. El miedo de perder el amor protector de los padres es la motivación para la anticipación defensiva de desaprobación y resulta en esfuerzos para evitar esa pérdida. Si se puede anticipar e impedir el impulso de violar la autoridad de los padres, entonces se puede hablar de auto-control, una función profiláctica de la conciencia moral. Si ocurre una transgresión, entonces las funciones auto-punitivas de la conciencia moral se movilizan para lograr la expiación y la restitución. En esta forma el amor de la autoridad se reobtiene por medio de la auto-crítica y el auto-castigo. El constante peligro contra el cual la conciencia moral

protege es siempre la pérdida de la seguridad dependiente. El miedo a la castración no forma necesariamente parte de este peligro y, contrariamente a Freud, el miedo culposo puede ocurrir solamente en términos de la amenaza a la dependencia sin tener relación alguna con el pene. En otras palabras, la preocupación puede ser únicamente de la pérdida del pecho, más bien que de la pérdida del pene. Es verdad, claro, que la ansiedad de castración inconsciente puede contribuir a la culpabilidad. Esto ocurre con más frecuencia cuando la transgresión es de naturaleza sexual, pero también puede ocurrir cuando la castración es el castigo anticipado para la transgresión no sexual.

Las bases adaptativas para la intensidad exagerada del remordimiento y del auto-castigo en la melancolía, se aclaran si sustituimos la emoción de la rabia en vez del "instinto de muerte" en la hipótesis de Freud. Aquí, de nuevo, debemos recordarle al lector que la rabia es una reacción de adaptación del yo a la frustración y a la amenaza de daño, y no una propiedad del instinto. ¿De dónde proviene la rabia en la melancolía? Siempre se origina en el fracaso del desempeño en cualquier área del comportamiento. El melancólico en potencia reacciona a tales fracasos con un renacimiento regresivo inconsciente de las exigencias infantiles de dependencia hacia una figura paternal real o fantaseada, o de su sustituto. Estas exigencias inevitablemente tropiezan con una frustración, que ocasiona rabia hacia el objeto de dependencia frustrador. En este punto interviene la conciencia moral, con culpabilidad por la agresividad contra la figura paternal; la rabia es reprimida y el paciente se deprime. La intensidad de la culpabilidad y del auto-castigo que sigue es directamente proporcional a la intensidad de la rabia reprimida. Podemos ahora entender por qué el comportamiento de auto-castigo es tan inapropiado para la supuesta mala acción. Aunque el crimen de agresividad homicida no es sino una fantasía inconsciente, el paciente se comporta como si

esto se fuera a volver un hecho, o peor aún, como si ya se hubiese llevado a cabo. El auto-tormento y el auto-perjuicio del melancólico son ambos profílicos, en el sentido de que evitan la agresión que se intenta; y expiatorios, en el sentido de que restituyen por el comportamiento destructivo que supuestamente se ha llevado a cabo. Estas racionalizaciones triviales de su culpabilidad tienen poco o ningún fundamento y únicamente reflejan el significado infantil de su rabia inconscientemente motivada. Todos los fenómenos de culpabilidad en la melancolía son realmente reparativos en su propósito último de conservar el amor de los padres y ganar de nuevo así acceso a su omnipotencia mágica.

La psicodinamia adaptativa que hemos descrito aquí para la melancolía puede extraerse en esencia del estudio de Freud "Aflicción y Melancolía"<sup>6</sup>. Sin embargo, está tan mezclada con hipótesis instintivas y energéticas, que es muy difícil conceptualizar con claridad alguna la percepción de sí mismo del paciente en relación con la autoridad, sus deseos omnipotentes y sus expectativas mágicas. Simplemente hemos tratado de conservar las ideas de Freud sobre el mecanismo de la depresión que son clínicamente útiles, descartando el determinismo no adaptativo de la teoría dual de los instintos.

La teoría estructural establecía al yo como "la residencia verdadera de la ansiedad" (4, p. 84), y llevó a Freud a la última revisión sobre la teoría de la libido, en "El Problema de la Angustia" (en español: "Inhibición, Síntoma y Angustia"), publicada en 1926<sup>8</sup>. Freud había considerado siempre la angustia neurótica como el resultado de la represión de la libido, esto es, la energía del impulso reprimido se convertía automáticamente en angustia. Ahora de acuerdo con su nueva apreciación de las funciones del yo, se retractó y categóricamente declaró que la represión no causaba angustia, sino que en realidad esta era producida por la angustia, para protegerse de amenazas internas y ex-

ternas. La represión, por consiguiente, era el equivalente a la fuga frente al peligro. Esta media vuelta definió la angustia como una señal de peligro o dolor e hizo insostenible la distinción anterior entre la neurosis actual y la psiconeurosis. En este nuevo contexto, Freud revaluó sus documentos clínicos anteriores, los casos de "Juanito"<sup>3</sup> y de "El hombre de los lobos"<sup>5</sup>, y concluyó que la fuerza motriz de la represión en ambos casos era el miedo a la castración. Así, la angustia que acompañaba ciertos síntomas como las fobias, era una angustia real, un miedo objetivo al peligro, considerado como inminente.

Una vez que Freud concluyó que la ansiedad era una función del yo, más bien que un sub-producto de la libido reprimida, la vieja explicación de la neurosis basada en las vicisitudes de los instintos no era ya suficiente. Existía ahora la necesidad de reformular los mecanismos neuróticos en términos de aquellas funciones del yo preocupadas en evitar el peligro. La represión era el mecanismo de defensa más importante pero no era el único de que disponía el yo. Así, por ejemplo, el recurso defensivo característico en la historia era la regresión, mientras que la regresión y la formación reactiva representaban papeles definitivos en la neurosis obsesiva. En una fobia el yo se defendía por una inhibición de función o evitando la situación peligrosa que por desplazamiento simbólico se había convertido en la representación del miedo reprimido a la castración. Las reacciones fóbicas de los adultos se complicaban además con regresiones a dependencia infantil.

Freud trató ahora de explicar la naturaleza de la angustia lo mismo que la naturaleza del peligro que la provocaba. Deribó ambas de la experiencia fisiológica del nacimiento que separaba al niño de su madre. Cualquier separación subsiguiente de la madre se asociaba con tensiones dolorosas no aliviadas que el infante no podía manejar. La angustia así causada era la reproducción del trauma de nacimiento.

"...La angustia prueba ser el producto de la impotencia psíquica que es la contraparte obvia de su impotencia biológica. La coincidencia sorprendente de que tanto la angustia de nacimiento como la angustia del niño igualmente reclaman la separación de la madre como su pre-requisito, no necesita explicación psicológica alguna; se explica lo suficiente biológicamente por el hecho de que la madre, quien en el principio había satisfecho todas las necesidades del feto a través de los mecanismos de su cuerpo continúa después del nacimiento en alguna medida ejerciendo la misma función, aunque por otros medios. La vida intrauterina y la primera infancia son mucho más continuas de lo que la cesura del nacimiento nos harían creer. La madre psíquica objetal reemplaza para el niño la situación biológica fetal", (8, p. 78).

Freud comparó luego la angustia causada por la pérdida de la madre con la causada por la amenaza de castración, que también era un miedo de "separación" del objeto amado, el órgano genital. Citó a Ferenczi con referencia a que el valor narcisista del pene se deriva de la fantasía de que su propietario podía una vez más unirse con la madre por medio de la cópula. La pérdida del pene, por consiguiente, significaba una nueva separación de la madre y el amenazante retorno de la tensión dolorosa no aliviada. Freud anotó que el miedo a la castración no podía ser la explicación definitiva de la angustia en las mujeres. El complejo a la castración llevaba a la niña a substituir una carga de objeto tierno por el pene ausente. Como consecuencia, la pérdida del objeto amoroso seguía siendo la situación de peligro más efectiva para causar angustia. Esto contrastaba con el amor narcisista del pene en los hombres, que hacía de la pérdida del pene en sí misma un estímulo inmediato para la angustia de separación.

El paso siguiente en la transformación de la situación del peligro fue relacionada por Freud con el desarrollo del super-yo.

“El miedo de castración se convierte en el terror de la conciencia moral, en angustia social. Ya no es fácil decir de qué es que hay miedo. La fórmula “separación”, “exclusión de la horda”, se aplica solamente a la porción últimamente desarrollada del super-yo, que se estructuró de acuerdo con modelos sociales, no al núcleo de aquel que corresponde a la autoridad introyectada de los padres. Expresándolo en términos más generales, es la rabia, el castigo, del super-yo, la pérdida de su amor, lo que el yo teme como peligro y a lo cual reacciona con señales de angustia. La transformación final que padece este miedo del super-yo me parece que consiste en la angustia de la muerte (o de la vida), miedo que se siente por la proyección del super-yo en los poderes del destino”.

Freud siempre consideró el desarrollo como un proceso en etapas ordenadas. Por consiguiente, sugirió que cada período de la vida de una persona tenía un determinante de angustia pertinente. Resumió sus puntos de vista en la forma siguiente:

“La impotencia psíquica es el peligro que corresponde al período de inmadurez del yo, como la pérdida del objeto es el peligro que pertenece al estado de dependencia de la primera infancia, el peligro de castración a la fase fálica, y el temor al super-yo al período de latencia. Sin embargo, todas estas situaciones de peligro, determinantes de angustia, pueden persistir la una al lado de la otra y ocasionar que el yo reaccione con angustia en un período posterior al apropiado; o varias de ellas pueden operar simultáneamente. Posiblemente también existe una estrecha relación entre la situación de peligro que es efectiva en un caso dado y la forma de neurosis que se desarrolla como consecuencia”. (8, p. 82).

La angustia se convirtió ahora en el problema central de la neurosis. Freud había examinado la naturaleza de la angustia en sí misma, las diferentes características de las situaciones de peli-

gro que la provocaban, y los mecanismos por medio de los cuales el yo se defendía contra ella. Reunió los nuevos conceptos e hizo una declaración final sobre las condiciones que producían las neurosis. Existían tres factores definitivos, uno biológico, uno filogenético y uno puramente psicológico. “El factor biológico es la impotencia prolongada y la dependencia del niño en la raza humana. La vida intrauterina de los seres humanos parece ser relativamente reducida en comparación con la de la mayoría de los animales; el niño viene al mundo menos terminado que los pequeños de estos últimos. Por esta razón, la influencia del medio ambiente externo se intensifica, la diferenciación del yo del ello se promueve muy temprano, los peligros que el medio ambiente presenta aumentan en importancia, y el valor del objeto que ofrece protección contra estos peligros y sirve de sustitución para la vida intrauterina que se ha perdido, se aumenta enormemente. Este factor biológico de impotencia introduce así las primeras situaciones de peligro y crea la necesidad de ser amado, a la cual el hombre nunca renuncia.

“El segundo, el filogenético, es un factor que solamente inferimos, pero un hecho muy extraordinario del desarrollo de la libido nos ha obligado a suponer su existencia. Encontramos que la vida sexual del ser humano no se desarrolla de manera progresiva del principio a la madurez, como en el caso de los animales más estrechamente relacionados con él, sino que sufre una interrupción abrupta después de un florecimiento inicial temprano que se extiende hasta alrededor del quinto año, reiniciándose con la pubertad, y entrelazándose con las tendencias del período infantil. Creemos que algo trascendental para el destino de la especie humana debe haberse llevado a cabo, que ha dejado tras de sí como un residuo histórico esta interrupción del desarrollo sexual. La importancia patógena de este fenómeno proviene del hecho de que la mayoría de las exigencias instintivas de esta sexualidad infantil son



tratadas como peligros por el yo, el cual "se protege contra ellas de manera que los impulsos sexuales de la pubertad, que debían ser compatibles con el yo, corren el peligro de sucumbir a la atracción ejercida por sus prototipos infantiles y seguirlos en la represión. Es aquí donde encontramos la etiología más definitiva de las neurosis. Vale la pena anotar que el contacto temprano con las exigencias de la sexualidad tiene el mismo efecto sobre el yo que el contacto prematuro con el medio ambiente.

"El tercero, o factor psicológico, se encuentra en una imperfección de nuestro aparato psíquico que tiene conexión con su diferenciación en yo y ello, y por consiguiente que es atribuible también, en último análisis, a la influencia del medio ambiente. Debido a los peligros de la realidad, el yo se ve obligado a adoptar una actitud de defensa hacia ciertos impulsos instintivos en el ello, a considerarlos como peligros. Pero el yo no se puede proteger contra los peligros instintivos internos tan efectivamente como contra una parte de la realidad que es ajena a él. Estando íntimamente conectado con el ello, el yo está capacitado para rechazar un peligro instintivo únicamente restringiendo su propia organización y tolerando la formación de síntomas como el sustituto de su acción lesiva sobre el instinto. Si entonces la presión del instinto repudiado se renueva, al yo le resultan todas las dificultades que conocemos como sufrimientos neuróticos". (8, pp. 99-101).

En "Inhibición, Síntoma y Angustia", Freud restableció la posición de sentido común de que la angustia era una reacción al peligro. Esta reversión demostró realmente la impracticabilidad de los conceptos de energía, pero Freud mismo quedó convencido solamente en parte de sus propios argumentos.

El nuevo concepto de angustia era esencialmente un concepto de adaptación que relacionaba la neurosis con

las operaciones de defensa del yo frente al peligro. Sin embargo, Freud intentó reconciliar este punto de vista de adaptación con la metapsicología de la teoría de la libido. El resultado final ha sido una mezcla de la psicología del yo con los conceptos libidinosos de instinto, energía, y herencia filogenética. La importancia adaptativa de la nueva posición no se pudo realizar totalmente porque las funciones de adaptación del yo se derivaban aún de las predisposiciones instintivas. Creemos que la utilidad de las viejas suposiciones metapsicológicas desaparece a medida que nuestros descubrimientos de los mecanismos de adaptación son más penetrantes. La angustia nos hace fijarnos primero en el aparato perceptivo, y luego en los recursos de defensa que protegen al organismo contra los peligros que se han percibido, tanto reales como ilusorios. La psicología adaptativa del yo supone que estos procesos son funciones que se forman desde el principio de la vida por la interacción con el estímulo externo del medio ambiente, y no por las fuerzas intrínsecas dentro del organismo solamente. No importa qué tan ingeniosamente el fenómeno de adaptación se reinterprete en el lenguaje de la teoría de la libido. Tales explicaciones permanecen siendo tautologías ya que no proveen nuevos conocimientos.

Consideremos la suposición de Freud de que "la angustia del nacimiento" es un prototipo, primero para el desarrollo subsiguiente de la angustia causado por la separación de la madre; segundo, para la amenaza de castración; y tercero, para las exigencias del super-yo. Nos parece que Freud está comparando dos clases diferentes de fenómenos cuando deriva estas últimas formas de ansiedad del trauma del nacimiento. Existe evidencia de la influencia maternal sobre algunas de las funciones del feto y se ha demostrado que el sistema nervioso central del feto puede desarrollar reflejos condicionados. Ninguno de estos datos, sin embargo, describe el fenómeno psicológico; solamente significan que el aparato sensoriomotor es lo suficien-

temente maduro para permitir que su capacidad innata de acondicionamiento entre en juego. El nivel del desarrollo embriológico excluye la posibilidad de que tales procesos psicológicos como la percepción y el recuerdo puedan estar implicados en las reacciones fetales de este tipo. Lo mismo se aplica a la experiencia subjetiva del infante durante el nacimiento. No hay manera de que estas reacciones psicológicas puedan identificarse. Solamente los cambios fisiológicos se pueden observar, y estos cambios son reacciones a las nuevas condiciones del medio ambiente. Representan una descarga motriz generalizada producida por un estímulo sensorial masivo. Es difícil concebir que la sensación subjetiva de la angustia esté implicada. Debemos distinguir las reacciones puramente fisiológicas al dolor, de su concomitante psicológico, la angustia. Esta última implica la anticipación del peligro que amenaza, una reacción perceptiva de la cual el recién nacido no es aún capaz. Es solamente después de que la diferenciación de los objetos se ha llevado a cabo, y se ha reconocido a la madre como vehículo de gratificación y alivio del dolor, que la anticipación empieza a operar como una función fundamental del yo. La angustia, por consiguiente, surge cuando el infante anticipa el que la madre no aparezca y alivie sus incomodidades. Esto, quizá, debe significar realmente "la angustia de la separación", que, desde nuestro punto de vista, no es una duplicación de la reacción fisiológica al nacimiento ("angustia del nacimiento"), sino una anticipación recientemente aprendida del dolor y el peligro, futuros.

La angustia de la castración surge de la pérdida anticipada de una parte valiosa del cuerpo. El miedo de que el pene se "separe" del cuerpo no es, sin embargo, simplemente, la continuación del miedo temprano de que el niño sea "separado" de su madre. La angustia de castración tiene un origen independiente y refleja una nueva clase de circunstancias del medio ambiente en las cuales el niño confirma la posibilidad de la pérdida genital como castigo por la

transgresión sexual. Una vez que se experimenta, la angustia de castración despierta una ansiedad adicional, la de que el padre (o la madre) amenazados retiren al mismo tiempo su amor y cuidado. Así, la amenaza de castración significa un doble riesgo, la pérdida del pene, y además la separación de la figura paterna protectora.

El miedo del super-yo tiene una connotación aún más amplia. Esto lo reconoció Freud mismo, quien encontró difícil relacionar la ansiedad del super-yo con la angustia original de la separación. El super-yo se desarrolla a medida que el niño adquiere nuevas perspectivas en cuanto a sus relaciones con sus padres y con la sociedad; empieza a reconocer la necesidad de auto-control, y establece las bases para la expiación por medio del auto-castigo, como realización a la culpabilidad. Esta última, sin embargo, es una emoción mucho más compleja de lo que es la simple angustia. Va mucho más allá del miedo de separación de los padres o de la sociedad. Su propiedad característica es el miedo que se añade a los propios impulsos hacia el auto-castigo. Encontramos tan difícil, como le sucedió a Freud interpretar este miedo al auto-castigo como un miedo a la "separación".

El resumen de Freud acerca de los tres factores que producían la neurosis; biológico, filogenético y psicológico, expresó la influencia del nuevo concepto adaptativo de la angustia sobre las suposiciones de la vieja teoría de los instintos. Hemos citado este resumen totalmente porque creemos que es una clara iluminación de la última vía hacia una psicología adaptativa de las funciones del yo, a pesar de nuestro desacuerdo con el continuo énfasis de Freud sobre las predisposiciones de los instintos. Deducimos de su descripción del factor biológico de impotencia durante la temprana infancia y su influencia subsiguiente sobre su ligazón afectiva a los objetos, que la necesidad de amor es un derivado de la dependencia realista del infante y no un producto derivado de la energía de los instintos. Por consi-

guiente, los desórdenes neuróticos deben buscarse en las fuerzas que invaden los lazos entre la madre y el niño y que introducen percepciones alteradas de la realidad, causan angustia dolorosa e interfieren con la integración de las funciones del yo.

No podemos aceptar ninguna de las explicaciones filogenéticas del comportamiento ofrecidas por Freud. Su concepto de filogénesis es una suposición improbable que no cumple con nuestro criterio de suposiciones científicamente útiles. Hemos señalado repetidamente que las interpretaciones filogenéticas de los fenómenos psicológicos deforman su significado adaptativo. Así, el período de latencia no es predeterminado por la herencia. No es un "precipitado histórico" dejado por "algo importante en el destino de la especie humana". Más bien, es un producto de la intimidación sexual de los niños, característica de nuestra civilización. Los impulsos sexuales no son inherentemente peligrosos. Se debe educar a la persona a considerarlos como tal, y el peligro se asocia siempre con el problema de la gratificación; no surge innatamente de la necesidad en sí misma. Nuestra opinión es que el período de latencia proviene del fracaso del niño en encontrar un sustituto satisfactorio para reemplazar el objeto incestuoso prohibitivo por medio de juegos sexuales con otros niños o por medio de la masturbación. La prohibición de estos últimos escapes obliga al niño a considerar sus necesidades sexuales como peligrosas. Las principales defensas del niño son la represión de la necesidad y la regresión a fantasías inconscientes de dependencia, en las cuales la madre o el padre, depende del caso, proveen mágicamente la gratificación. Así, los conflictos edípicos se perpetúan inconscientemente en el período de latencia, no por fuerzas filogenéticas, sino por el impulso de los procesos de adaptación iniciados por la interrelación del niño con sus padres en una situación cultural específica.

La descripción de Freud acerca del tercer factor o factor psicológico, era en

esencia adaptativa, y nos parece que contradecía totalmente la hipótesis filogenética. Estamos de acuerdo en que las funciones de adaptación del yo "en el último análisis" se forman por la influencia del medio ambiente, pero, si esto es verdad, ¿qué ocurre con la suposición original de la supremacía de los instintos? Freud contestó a esta pregunta intentando lo imposible. El conservó la estructura de referencia de los instintos al mismo tiempo que repudió la supremacía de los instintos en la formación de las funciones del yo. Esta contradicción inherente en la posición teórica final de Freud ha llevado a la creación de una serie de suposiciones ingeniosas pero tautológicas. Hoy día se está intentando la reconciliación de los dos marcos de referencia opuesto, el instintivo y el de adaptación recurriendo a nuevas proposiciones de energía. Hablaremos sobre estos intentos en la parte siguiente de este estudio, donde consideraremos las vías que han tomado los psicólogos post-freudianos, especialmente Hartmann<sup>9,12</sup>, solo y en colaboración con Kris y Lowenstein<sup>13,14</sup>. Su posición se considerará aquí como la representante de la corriente principal del pensamiento clásico post-freudiano. Contiene mucho con lo cual estamos de acuerdo, pero tiene ciertos defectos teóricos creados por su marco de referencia.

En su primer trabajo, "Psicología del Yo y el Problema de la Adaptación", Hartmann declaró claramente por qué había surgido la necesidad de corregir, elaborar y extender la teoría freudiana: "Hasta ahora, la psicología psicoanalítica del Yo ha sido predominantemente una psicología conflictiva; las vías libres de conflicto de un desarrollo adaptable a la realidad han permanecido en la periferia de ella" (10, p. 13). Observó que el conflicto no era la única raíz del desarrollo del yo; es decir, no todas las adaptaciones al medio ambiente, ni todos los procesos de aprendizaje de motivación podían atribuirse a un conflicto. Por consiguiente, propuso el término descriptivo "esfera del yo libre de conflictos" para aquellas funciones del yo que ejercían sus efectos independien-

temente de los conflictos mentales. Esta esfera abarcaba funciones tales como "percepción, intención, comprensión de los objetos, pensamiento, lenguaje, fenómenos de memoria, productividad... las fases bien conocidas del desarrollo motriz, entendimiento, el gatear, el caminar, y... los procesos de maduración y experiencia implícitos en todas estas y en muchas otras" (10, p. 8). Basándose en estas observaciones, Hartmann concluyó: "La consideración de la esfera del yo libre de conflictos nos conduce a las funciones que están más o menos estrechamente relacionadas con las tareas del dominio de la realidad, es decir, la *adaptación*. Ahora la adaptación, aunque no discutimos sus implicaciones, frecuente o profundamente es un concepto central del psicoanálisis, porque muchos de nuestros problemas, cuando se investigan lo suficiente, convergen en ella. El concepto de adaptación, aunque parezca sencillo, implica (o si se usa burdamente, oculta) muchos problemas. El análisis de este concepto promete aclarar muchos problemas de la psicología normal y anormal, entre ellos nuestro concepto de salud mental" (10, p. 22).

Hasta aquí hemos estado en total acuerdo con el curso establecido por Hartmann para el desarrollo futuro del psicoanálisis. En realidad la importancia de la penetración de Hartmann en esta omisión crucial de la teoría freudiana difícilmente se exagera. No estamos de acuerdo con la manera con que él trató esta visión. El intentó hacer una síntesis del nuevo concepto de las funciones del yo con las hipótesis de los instintos y de energía de Freud. Con este fin, utilizó el marco de referencia existente, que ahora consistía de tres partes: 1) la teoría dual de los instintos (sexo y agresión); 2) la hipótesis estructural (yo, ello, y super-yo); 3 la hipótesis de energía (libidinosa y agresiva). Hemos examinado críticamente cada uno de estos conceptos en otra parte en esta serie de estudios. Es nuestro deseo, sin embargo, considerar aquí los problemas metodológicos específicos creados por el intento de Hartmann de

incorporar la psicología de adaptación del yo dentro de este marco de referencia.

Existía una contradicción implícita en el concepto de las funciones autónomas del yo, que tenía un origen independiente del que se atribuye a los impulsos en la teoría de los instintos de Freud. Hartmann reconoció que estas funciones no eran resultados del ello bajo la influencia de la realidad, sino que surgían directamente de una organización dada del sistema nervioso central. El yo, por consiguiente, tenía una identidad propia, separada y distinta de la organización filogenéticamente determinada de los impulsos del ello. Esta idea no solamente dudaba del origen del yo de un ello preexistente, sino que también disminuía la supremacía atribuida a las fuerzas de los instintos en la formación de las operaciones del yo. Hartmann trató de resolver el dilema teórico que él mismo había creado portulando una "fase no diferenciada (yo-ello)" del instinto animal de la cual se derivaban tanto el yo como el ello. Este caos hipotético primitivo capacitó a Hartmann para mantener un lazo entre el yo y el ello, suavizando así las implicaciones radicales de su teoría de un yo autónomo. Es difícil para nosotros valorar un concepto filosófico de esta clase. No podemos ver dónde tiene un significado psicodinámico en la teoría del comportamiento. Nos parece que "una fase no diferenciada (yo-ello)" del desarrollo es solamente un recurso semántico para armonizar las suposiciones de la nueva psicología del yo con las de la vieja teoría de los instintos.

Esta solución, sin embargo, no estableció aún de nuevo la supremacía de los instintos después de que tuvo lugar la diferenciación entre el ello y el yo. Hartmann reconoció esto cuando declaró: "Estamos acostumbrados a hablar de un yo oral y un yo anal, y demás; a determinar el origen de actitudes específicas del yo en características específicas de la libido en la fase correlativa. Este aspecto demuestra las fases del desarrollo del yo en conexión estrecha con

la secuencia de fases de la libido... (sin embargo), las maneras como se forman las actitudes del yo por las características de la fase libidinosa no son siempre claras. Creo que en algunos casos las características tanto de las tendencias de los instintos como de las actitudes del yo pueden tener un origen común en la fase no diferencia... Describir la formación del yo únicamente en términos de su dependencia en el desarrollo de los instintos es dar solo parte de la descripción... Sabemos muy bien hoy día que secciones transversales del desarrollo no se pueden describir totalmente en referencia solamente con los fines de la libido —ni siquiera si incluimos las relaciones objetales correspondientes en nuestra descripción— *“Puede muy bien ocurrir que el momento y la formación individual de las fases típicas puedan hasta cierto punto provenir de las variaciones individuales del desarrollo del yo...”* (11, p. 13).

En esta declaración Hartmann se acercó mucho a nuestra posición de que las funciones del yo se desarrollan independientemente y no son productos de las varias fases del desarrollo de una supuesta organización instintiva. Los instintos o impulsos, como se quieran llamar, constituyen únicamente las necesidades motivadoras que determinan los fines del comportamiento. Ellos no suministran el aparato para lograr estos fines. El desarrollo de este aparato, que llamamos yo, es el resultado de la madurez innata de sus funciones primordiales (“autónomas”), por un lado, y la manera como estas funciones se forman por relaciones objetales, por el otro. Esto nos conduce de nuevo a una consideración metodológica importante. ¿Qué tan válida es la hipótesis freudiana del desarrollo instintivo? ¿Pueden los instintos (impulsos o necesidades) realmente “desarrollarse” como lo propuso Freud? Nos parece que la suposición de un curso fijo de desarrollo instintivo es incompatible con la teoría de las funciones del yo como la propone Hartmann. La opinión de que son los impulsos instintivos los que se desarrollan y cambian durante el crecimiento del

niño es un artificio creado por el punto de vista del observador. Una vez que hemos reconocido la hegemonía de las funciones autónomas del yo y cambiado nuestro marco de referencia, nos vemos obligados a llegar a una conclusión diferente. No son los impulsos los que se desarrollan sino más bien el aparato del yo a través del cual los impulsos encuentran expresión. Los supuestos cambios atribuidos a la organización de los impulsos, por consiguiente, son en realidad alteraciones de la capacidad del niño para percibir sus necesidades y controlar sus instrumentos de acción.

Este es el punto donde estamos en desacuerdo con Hartmann y sus colaboradores. No encontramos sitio alguno en la psicología del yo para una super-agencia, instinto, que gobierne el desarrollo del yo. Hartmann, sin embargo, ha sido incapaz de aceptar esta implicación de su propia hipótesis y llevarla a una conclusión lógica. En su lugar, ha perseguido la meta de combinar los dos marcos de referencia opuestos para salvar la base instintiva de la teoría de Freud. El recayó en ideas de energía y postuló que el poder motriz de las funciones autónomas del yo provenía de la neutralización de la energía de los instintos; propuso que la hipótesis de Freud de la “libido desexualizada” se ampliara para incluir también “la agresión desagresivizada”. Las cargas de energía del yo, por consiguiente, se derivaban de la neutralización de ambas energías, tanto la sexual como la agresiva. Según Hartmann, en ambos casos, en este proceso de neutralización intervenía el yo. La cantidad de energía instintiva que podía neutralizar el yo era una indicación de la fortaleza del mismo. La carga libidinosa insuficientemente neutralizada, por consiguiente, conducía a la patología narcisista. De una manera similar, el fracaso en la neutralización de la suficiente energía agresiva reducía la efectividad de las reacciones de defensa del yo. Así, utilizando recursos semánticos, Hartmann hizo que los instintos ejercieran su supremacía original sobre los procesos del yo.

Solo podemos repetir lo que ya hemos dicho varias veces en esta serie de estudios. "Explicaciones" energéticas de esta clase son formas de razonamiento circulares que no agregan nada a nuestra comprensión de las funciones del yo. Por ejemplo, en su explicación de las operaciones de defensa del yo, Hartmann declara lo siguiente:

"... la huída y la lucha parecen ser sus características principales, retirada la carga (de energía) corresponde a la huída y "contra-carga" a la lucha. Esto conduce a la respuesta que quiero sugerir aquí: que la última utiliza ampliamente una de esas condiciones de energía agresiva más o menos neutralizada, mencionada anteriormente, que aún retiene algunas características del impulso original (lucha, en este caso). No parece difícil que tales formas de energía —no es necesario suponer que todas las "contra-cargas" operan con el mismo grado de neutralización— contribuyan a la contra-carga aún si el impulso repudiado no era de naturaleza agresiva" (9, p. 88).

Nos llama la atención que esta cita subraya varias contradicciones de la hipótesis energética. El uso de Hartmann de carga y contra-carga aparentemente reemplaza el concepto descriptivo de la emoción y, al mismo tiempo, implica cuantificarla. Creemos que esta ecuación de emociones de emergencia (miedo y rabia) con disposiciones de energías instintivas no es compatible con una psicología del yo. Nosotros concebimos las emociones de emergencia como funciones integrantes del yo, que obedecen a la necesidad de seguridad<sup>17</sup>. Tomadas en general, las operaciones defensivas del yo representan así la organización de la percepción y la movilidad bajo la influencia de estas emociones. En este contexto, la fuga y la lucha, son ambas reacciones de adaptación a situaciones de peligro. La fuga se forma a través de la percepción del peligro, la emoción del miedo, y el escape de la fuente de peligro; la lucha se integra a través de la percepción de peligro, la emoción de rabia y el intento de destruir la fuente de peligro. Los mecanis-

mos incoscientes de defensa que utiliza el yo se basan en la integración de esta función de emergencia. Son intentos de proteger al yo contra peligros anticipados por operaciones mentales que alteran la percepción, deforman la señal de emergencia afectiva y cambian la acción apropiada en variedad de maneras. El resultado final es el refuerzo de la presión y la substitución de un comportamiento aceptable para el yo. Se puede discutir que necesitamos hipótesis de energía para cuantificar las emociones. No podemos ver cómo una fuerza fantasma, que se presume que existe debido a ciertos fenómenos observables, se puede cuantificar en forma alguna fuera de los términos de esos mismos fenómenos. En realidad, el estudio de las formas como se describen las distribuciones cuantitativas de energía en la literatura, revela que esto es exactamente lo que ocurre. La intensidad de la emoción se "cuantifica" primero en términos clínicos no-energéticos con un adjetivo que avalúa y que se aplica luego a la energía como medida de su intensidad. Ya hemos hecho comentarios en mayor detalle sobre esta tendencia al "razonamiento circular"<sup>15</sup>.

Todas las suposiciones de las hipótesis adaptativas de conducta de emergencia \* que describimos anteriormente se apoyan en la identificación de fenómenos clínicos.

La hipótesis se basa en funciones reconocibles del yo que son concomitantes psicológicos de la estructura neuronal del sistema nervioso central. Estas funciones del yo, a su vez, se forman por experiencias interpersonales únicas para cada individuo en su cultura particular.

Hemos tratado en esta serie de estudios de investigar el desarrollo histórico de la teoría psicoanalítica desde su principio hasta el presente. Hemos tratado de evaluar la utilidad científica de las suposiciones implícitas en cada una de las posiciones teóricas importantes de

\* Nota de T. — Conducta ante el peligro. (Véanse los trabajos de Sandor Rado).

Freud. Nuestra opinión es que sus primeros trabajos, que culminaron con la "Interpretación de los Sueños", contenían sus contribuciones más originales y duraderas para el psicoanálisis. Fue particularmente en este último estudio donde Freud describió con gran precisión las formas en las cuales los procesos mentales se podían influir por alteraciones en la motivación. Estos procesos son intrínsecos para todas las teorías psicoanalíticas modernas del comportamiento. Hemos señalado cómo la utilidad de estas construcciones psicológicas se perjudicó posteriormente al colocarlas dentro de un marco de referencia instintivo y de energía, derivado de analogías con biología, física y química del siglo XIX. Estas analogías perjudicaron la elasticidad del sistema para admitir nuevos hechos y crearon un estilo estereotipado de teorización que ha prevalecido hasta hoy día.

Si hemos dejado la impresión de que estamos en contra de las teorías y deseamos permanecer en el empirismo, debemos recalcar que este no es el caso. Las distinciones que hemos hecho en estos estudios son, verdaderamente, entre sistemas no-empíricos como la teología y la metafísica, y el método científico. Opinamos, sin embargo, que el empirismo es una etapa necesaria hacia la creación de teorías pertinentes y útiles. Por consiguiente, hemos tratado de diferenciar aquellas de las hipótesis de Freud que se basan en información reconocible, de las que no se derivan de información alguna, sino que son paráfrasis de teorías pasadas de moda prestadas de otras ciencias. Hemos tratado de demostrar repetidamente cómo estas suposiciones insostenibles impidieron la acumulación de nuevos conocimientos. Creemos que el psicoanálisis debe purificarse de estas suposiciones antes de que logre su potencial máximo como teoría científica del comportamiento. Herbert Feigl expresa mejor nuestro punto de vista en su discusión sobre los problemas de construcción de teorías en la psicología:

"... La dificultad aquí es una de metodología; y para el historiador y el ló-

gico de ciencia le es familiar la de los paralelos en el desarrollo de la física y la química. Han existido proponentes lo mismo que opositores en la construcción de teorías tanto en las ciencias físicas como en las del comportamiento. La perplejidad filosófica consiste en la pregunta: —¿Qué pueden hacer los científicos con teorías que no pudiesen hacer con la ayuda de generalizaciones empíricas directas?— Las dos partes de esta disputa son los teóricos y los empíricos radicales... Solo sugeriré que el empirismo radical tiene mucho que ver con el deseo de seguridad intelectual, i.e., con el deseo de restringir nuestras generalizaciones al dominio en el cual han sido profundamente examinadas... La fobia de las hipótesis ha sido a menudo una característica de la personalidad de los positivistas... A los teóricos, por el otro lado, no les importa vivir peligrosamente. Esto es recomendable si mantienen sus teorías abiertas para revisarlas. La fijación en las teorías es, claro, una debilidad frecuente... Una buena teoría nos permite derivar leyes empíricas —y no solamente a las que ya hemos llegado por simple generalización, sino otras que faltan por certificar experimentalmente. Así, las teorías no solamente son resúmenes compendiados y convenientes de las leyes empíricas, sino que son heurísticamente útiles, puesto que nos capacitan para inferir más profundamente en las sistematizaciones aún no examinadas"<sup>2</sup>.

Por consiguiente, nosotros no objetamos el que Freud se apoyara fuertemente en hipótesis y teorías, pero sí objetamos aquellas suposiciones que "nos capacitan para inferir más profundamente en las sistematizaciones aún no examinadas". Creemos que los aspectos instintivos y de energía de la teoría de Freud se apoyan justamente en tales suposiciones y, por consiguiente, abogamos para que se abandonen. Nos quedamos con un cuerpo de teorías creativas que ha demostrado su vitalidad y utilidad una y otra vez. Está construido alrededor del punto de vista dinámico de Freud, y de su concepto de actividad

mental inconsciente, con las correcciones y revisiones que hemos sugerido en estos estudios. "Dinámica" incluye todos los mecanismos psicológicos y sus operaciones descubiertos inicialmente por Freud. Nos proveen los medios para entender las alteraciones en el comporta-

miento en términos de motivación, ontogénesis e interacción social. Esperamos que estos principios psicodinámicos, una vez liberados de la desventaja de las energías instintivas hipotéticas, se conviertan en la base de una teoría unificada del comportamiento.

## BIBLIOGRAFIA

- 1 BOWLBY, J.: *Maternal Care and Mental Health*. World Health Organization, Genova, 1951.
- 2 FEIGL, H.: *The philosophical embarrassments of psychology*. *Am. Psychologist*, 14: 125-126, 1959.
- 3 FREUD, S.: *Analysis of a phobia in a five-year-old boy*. In *Collected Papers*, Vol. 3, pp. 149-289, Hogarth Press, London, 1948.
- 4 FREUD, S.: *The Ego and the Id*. Hogarth Press, London, 1947.
- 5 FREUD, S.: *From the history of an infantile neurosis*. In *Collected Papers*, Vol. 3, pp. 473-605, Hogarth Press, London, 1948.
- 6 FREUD, S.: *Mourning and melancholia*. In *Collected Papers*, Vol. 4, pp. 152-170. Hogarth Press, London, 1948.
- 7 FREUD, S.: *On narcissism: An introduction*. In *Collected Papers*, Vol. 4, pp. 30-59. Hogarth Press, London, 1948.
- 8 FREUD, S.: *The Problem of Anxiety*. Psychoanalytic Quarterly Press and W. W. Norton & Co. New York, 1936.
- 9 HARTMANN, H.: *Comments on the psychoanalytic theory of the ego*. In *The Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 74-96, International Universities Press, New York, 1950.
- 10 HARTMANN, H.: *Ego Psychology and the problem of Adaptation*. International Universities Press, New York, 1958.
- 11 HARTMANN, H.: *The mutual influences in the development of the ego and id*. In *The Psychoanalytic Study of the Child*, 7: 9-30, International Universities Press, New York, 1950.
- 12 HARTMANN, H.: *Psychoanalysis and developmental psychology*. In *The Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 7-17, International Universities Press, New York, 1950.
- 13 HARTMANN, H., KRIS, E. and LOEWENSTEIN, R.: *Comments on the formation of psychic structure*. In *The Psychoanalytic Study of the Child*, 2: 11-38, International Universities Press, New York, 1947.
- 14 HARTMANN, H., KRIS, E. and LOEWENSTEIN, R.: *Notes on the theory of aggression*. In *The Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4: 9-36. International Universities Press, New York, 1949.
- 15 KARDINER, A., KARUSH, A. and OVESEY, L. A.: *Methodological study of Freudian theory: II. The libido theory*. *J. Nerv. & Ment. Dis.* 129: 133-143, 1959.
- 16 KARDINER, A., KARUSH, A. and OVESEY, L. A.: *Methodological study of Freudian theory: III. Narcissism, bisexuality, and the dual instinct theory*. *J. Nerv. & Ment. Dis.*, 129: 207-221, 1959.
- 17 RADO, S.: *Emergency behavior*. In "Anxiety", Hoch, P. H. and Zubin, J., eds., pp. 150-175. Grune & Stratton, New York, 1950.